

**CB
98**

Pierre Moitel

Grandes relatos del evangelio

Construcción y lectura



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1999

L

a acogida dispensada al cuaderno *Relatos del evangelio* (nº 93) nos ha llevado a solicitar a su autor, Pierre MOITEL, unas nuevas lecturas de algunos pasajes de los evangelios. Así pues, aquí comparte con nosotros otros frutos de grupos bíblicos de Yvelines, conducidos principalmente por Germaine Colas y Annick Grenier. Después del mencionado Cuaderno, que iniciaba progresivamente en este método de lectura –recordado en resumen y aplicado a un texto determinado en la ‘Guía de lectura’ (pp. 37-41)–, el autor nos propone estudiar cinco grandes textos de los cuatro evangelios. Han sido seleccionados por su frecuente utilización en la catequesis y en la liturgia. Pero, contrariamente a estos usos tradicionales en que los textos se presentan a menudo en pequeños fragmentos, aquí podremos leerlos completos y ver cómo aparecen sentidos de conjunto que habitualmente se escapan.

Cada uno de los cinco grandes textos es estudiado de la misma manera: después de una rápida presentación, el autor propone la estructura del texto en un cuadro a doble página, antes de hacer hablar a ésta en una “lectura” que es una interpretación de sus cuatro actos. El interés de este método es el de seguir de cerca la letra del texto y valorar los efectos de sentido que se dan en el encadenamiento de los actos y las escenas. El hilo narrativo vuelve así a encontrar su función unificadora y pedagógica.

Para facilitar el trabajo, la parte central del Cuaderno contiene también la traducción literal de los cinco textos (p. 27-36). Se puede separar fácilmente y así tenerla delante durante la lectura del Cuaderno; esto resulta especialmente útil cuando se trabaja en grupo. A algunos quizá les resulte extraño este trabajo en cuanto a las palabras, pero muchos lectores del Cuaderno anterior nos han manifestado su alegría por haber sido guiados de este modo en una lectura atenta y bastante sencilla. Esto requiere un pequeño aprendizaje y, sobre todo, una observación atenta del texto, pero que es accesible a cualquiera. Esta lectura lleva a pararse y a preguntarse allí donde, quizá, la costumbre nos habría hecho pasar la página rápidamente. Pero ¿podemos acostumbrarnos a la Buena Nueva?

Philippe GRUSON

INTRODUCCIÓN

«MI MIRADA ESCUCHA LA PALABRA»

Juan, el autor del Apocalipsis, llevado por el Espíritu, relata: «Oí detrás de mí una voz potente... que decía: "Escribe en un libro lo que veas" (...) Me volví para *mirar* [de quién era] *la voz* que me hablaba, y al volverme vi... una especie de figura humana» (1,10-13). «Mirar la voz»: una expresión audaz que recuerda la teofanía del Sinaí: «Todo el pueblo *veía* los truenos y los relámpagos y *la voz* de la trompeta y la montaña humeante» (Éx 20,18).

La práctica de la lectura «palabra por palabra» de los textos bíblicos ha agudizado mi mirada. Siguiendo los relatos, descubro expresiones insólitas, contemplo la alianza de palabras inéditas, me detengo ante giros de frases inesperadas. Atento, mi mirada me hace escuchar una palabra... inaudita. Este Cuaderno está bajo el signo de la mirada, la mirada que conduce a la escucha de la Palabra. ¡Aún es necesario saber mirar!

El método de lectura practicado aquí exige agudeza en la mirada. Cada palabra tiene su importancia: ninguna puede dejarse de lado como inútil o de segundo orden. Por supuesto, en el trabajo de grupo cada uno puede aportar sus impresiones después de una primera lectura del texto. Pero hay que refrenar rápidamente glosas y comentarios personales para volver al relato y fijarse en las palabras del

texto. Esta mirada nos somete a la literalidad del texto y permite escuchar con precisión la Buena Nueva contenida en los evangelios.

Esta mirada infunde respeto. Recoge el relato evangélico tal como los autores lo escribieron y tal como la Iglesia lo ha transmitido a través de la historia. Esta mirada conduce al descubrimiento y a la contemplación de la fe de los que anuncian la Buena Nueva, portadores de una experiencia única y conscientes del deber de transmitirla.

*«Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que vimos detenidamente
y nuestras manos palparon;
acerca de la Palabra de Vida...
os lo anunciamos, también a vosotros,
para que compartáis todo con nosotros...»* (1 Jn 1,1-5).

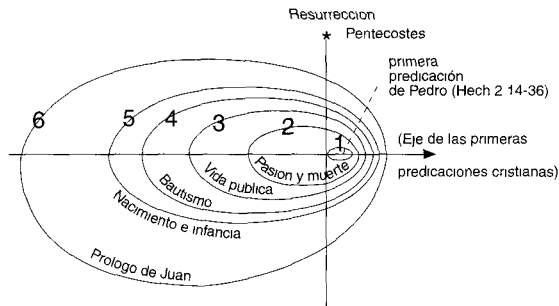
Nuestra mirada se dirigirá sobre cinco grandes relatos de los cuatro evangelios:

- «Hemos visto al Señor» **Juan 20–21.**
- «Ha resucitado según las Escrituras» **Lucas 24.**
- «Yo soy el pan de la vida» **Juan 6.**
- Jesús hijo de Israel: **Mateo 1–2.**
- «Comienzo de la Buena Nueva de Jesucristo» **Marcos 1,1-15.**

PUNTOS DE REFERENCIA

Una mirada retrospectiva

Este Cuaderno propone un recorrido en cinco etapas que va desde la resurrección al nacimiento y la infancia de Jesús. Este recorrido está construido con fidelidad a la forma en que los relatos evangélicos han sido anunciados. Los testigos, apóstoles y discípulos han proclamado en primer lugar la resurrección de Jesús, el acontecimiento que acababa de cambiar completamente su existencia: «A ese Jesús lo resucitó Dios, cosa de la que todos nosotros somos testigos» (Hech 2,32). A medida que las comunidades cristianas avanzaban en el tiempo y la historia, iban remontándose a los acontecimientos de la vida de Jesús, para releerlos a la luz del acon-



tecimiento pascual, en el cual se fundan la Buena Nueva y la fe cristiana. El punto de partida de los relatos evangélicos es la resurrección: lo que está al final de los relatos constituye, pues, el origen y el comienzo.

Un problema de traducción

Los relatos evangélicos se presentan en una traducción que quiere ser lo más cercana posible al texto original griego, aun a riesgo de resultar a veces un tanto áspera. Para ello se ha utilizado –lo mismo para el Antiguo que para el Nuevo Testamento– el texto bíblico de la *Sagrada Biblia*, de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González (BAC Maior 10; Madrid, La Editorial Católica, 2ª1979), ya que su traducción respeta los modos y los tiempos de los verbos, lo que es importante en nuestro método de lectura, y porque traduce siempre la misma palabra griega por la misma palabra española.

«La empresa es a veces desesperada. En algunos casos, es imposible unificar la traducción de una misma palabra, menos a causa de la diversidad de los sentidos de la palabra que de sus usos en una frase. Ello no impide que la identidad de traducción para una misma palabra, allí donde es posible, es decir, en la mayoría de los casos, tenga la ventaja de hacer resaltar el valor particular en un versículo dado. La entonación de la palabra le confiere entonces todo su relieve» (E. DELEBECQUE, *Évangile de Jean*, Cahiers de la Revue Biblique, Gabalda, Paris 1987, p. 56).

«Hemos visto al Señor»

Los capítulos 20 y 21 del evangelio de Juan no son de la misma pluma. Uno y otro tienen, además, su propia conclusión. Situado después del epílogo de 20,30-31, el último capítulo está considerado como un apéndice. «Se discute el origen de este apéndice; tal vez fue redactado por discípulos de Juan» (nota de la *Sagrada Biblia*, de Cantera/Iglesias, en Jn 21,1). En el relato que nos propone la Iglesia, los dos capítulos constituyen el final del cuarto evangelio; son leídos como un conjunto coherente que reúne los testimonios sobre el encuentro con Jesús resucitado.

Una lectura global

En el transcurso de los domingos del tiempo pascual, el leccionario litúrgico presenta los relatos evangélicos de la resurrección por episodios, separados los unos de los otros. Así resulta difícil a los fieles seguir la dinámica progresiva del relato. Si alguien decide por su cuenta consultar la Biblia, el texto se le presenta fragmentado por títulos de secciones que cortan el relato en una serie de secuencias y rompen la lectura continuada. Para entrar en un texto largo es necesario ante todo un trabajo de construcción, tomar conocimiento del texto en su conjunto. Esta lectura, lenta y hecha de una sola vez, permite percibir el desarrollo de los acontecimientos. Cuando se trabaja en grupo, es preferible que una

persona lea el texto en voz alta, estando el resto escuchando sin tener el texto delante.

Un conjunto coherente

Esta lectura continuada hace que se perciba la dinámica del texto joánico tal como fue fijado en el transcurso del tiempo. Aquí está especialmente apoyada mediante indicaciones de lugar y de tiempo. Una primera parte sucede alrededor de la tumba; una segunda, lejos de la tumba: primero en un lugar cerrado que no se precisa (que se supone que está en Jerusalén), después a las orillas del mar de Tiberíades.

Alrededor de la tumba todo sucede en el primer día de la semana, al alba. Lejos de la tumba, las escenas se multiplican. Dos se sitúan en una casa con las puertas cerradas: una, la tarde de ese mismo día; la otra, ocho días después. Finalmente —«después de esto» (21,1)—, una larga secuencia a orillas del lago incluye tres escenas: la pesca en el mar, la comida en la tierra y la conversación entre Jesús resucitado y Simón Pedro. La construcción del texto no tiene fisuras. Los detalles de lugar y de tiempo dan claridad y coherencia al conjunto del relato. Se plantean dos preguntas: ¿cuál es el sentido que se desvela en un texto tan bien armonizado? ¿Hacia qué descubrimientos es llevado progresivamente el lector?

ACTO II

El discípulo ve los signos de la ausencia, pero no entra

Pedro y el discípulo V sepulcro

3-5 10

Maria Δ Pedro y el discípulo
«Se llevaron del sepulcro al Señor»

2

6-9 en el sepulcro

El discípulo entra

8a

9

6-7

8b

«Vio y creyo»

v. 2-10

Maria Δ discípulos
«He visto al Señor»

v. 18

v. 1b

v. 11-17

«De madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena marchó al sepulcro...»

Maria Δ sepulcro
Maria Δ Mensajeros

Maria Δ Jesus
«Vete a mis hermanos»

11b-13 17

11a

Maria Δ sepulcro

14-16
Jesus no reconocido al principio 14b 16b

Maria V sepulcro 14a 15-16a
Llamada de Jesus

20,1b-18

EN LA TUMBA VACIA

20,1a

ACTO I

«El primer día de la semana...»

<p>En el mar «<i>Aquella noche no pescaron nada...</i>»</p>	<p>3 8</p>	<p>Triple vocación de Pedro</p>	<p>«<i>Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús</i>»</p>
<p>1b-2</p>	<p>4-7 Abundancia 5-6 7b 4 7a «<i>Es el Señor</i>» v. 1b-8 v. 1a</p>	<p>15b-19 25 15a</p>	<p>20-24 Dos discípulos, dos vocaciones</p>
<p>«<i>Después de esto, Jesús se manifestó de nuevo...</i>»</p> <p>3ª manifestación</p>	<p>v. 9-14 Sobreabundancia de peces</p>	<p>10-11 14</p>	<p>21,1-25</p>
	<p>9 «<i>Cuando saltaron a la orilla...</i>»</p>	<p>12-13 «<i>¡Es el Señor!</i>»</p>	<p>20,19-31</p>
<p>Jesús resucitado («<i>estando de pie</i>») se deja ver</p>	<p>«<i>Hemos visto al Señor</i>» 19c-20 24-25</p>	<p>«<i>Jesús realizó también en presencia de los discípulos otras muchas "señales"</i>»</p>	
<p>Puertas cerradas Discípulos Λ Jesús</p>	<p>19b 21-23 Envío misionero Don del Espíritu</p>		
<p>«<i>Conque llegado el atardecer de aquel día, el primero de la semana...</i>»</p>	<p>v. 19b-25 v. 19a v. 26-29 Jesús se deja ver y tocar</p>	<p>26b 29 «<i>¡Felices los que no ven y creen!</i>»</p>	
	<p>Puertas cerradas Discípulos y Tomás Λ Jesús</p>	<p>26a 27-28 Tomás Λ Jesús «<i>Señor mío y Dios mío</i>»</p>	
	<p>2ª manifestación</p>		

LECTURA

Se trata de las diferencias entre las palabras de un texto que dan sentido a ese texto. En este relato hay que destacar la oposición entre los verbos de visión y los verbos de adhesión, de fe. Los verbos de visión son numerosos. Jn 20 incluye 13 de ellos: «ver» (7), «apercibir» (3), «mirar» (3). El verbo de adhesión más frecuente es «creer»: empleado 6 veces en Jn 20 (y 95 en todo el evangelio). También son utilizadas expresiones verbales que significan movimiento hacia alguien: «ir a», «venir hacia», «seguir», e incluso un giro desconocido en el griego clásico y en la Biblia griega, la de los Setenta (LXX): «creer a», empleado 17 veces en Juan. Hay que tener en cuenta este juego entre las palabras –en sentido mecánico «hacen el juego»– para respetar el rigor del texto.

Un día nuevo (acto I)

En este relato de resurrección, el acto I no es ni siquiera un relato. Es una simple indicación de tiempo, pero de un gran valor simbólico. Después del prólogo, el relato joánico se abre mediante una semana inaugural con el testimonio de Juan Bautista y la llamada de los primeros discípulos (1,19–2,11). Termina con otra semana (20,1–29): ¡la primera de la naciente Iglesia! Esta indicación remite a las primeras palabras del evangelio, «Al principio...» (Jn 1,1): este «primer día de la semana» constituye otro comienzo. Como eco de la primera palabra del Génesis, anuncia una creación nueva, una nueva vida.

Ausente, pero vivo (acto II)

Escena 1 (v. 1b). María Magdalena entra en escena. Presente al pie de la cruz (Jn 19,25), es la

primera –en el relato joánico– en llegar a la tumba. La piedra está «retirada».

Escena 2 (vv. 2-10). Se trata de lo que ella dice a Pedro y al «otro discípulo que Jesús amaba». La piedra «retirada» significa que la muerte ha sido vencida. En los evangelios sinópticos, la piedra está «corrida», signo de que la muerte ha sido apartada por algo más fuerte que ella, es decir, por «el ángel del Señor descendido del cielo» (Mt 28,2). En ambos casos, Dios vence a la muerte.

Los dos discípulos, que ya estaban juntos en la Cena (Jn 13,23-24), parten hacia la tumba. El otro discípulo, que llega primero, hace una segunda constatación: los lienzos están en el suelo. Pedro llega, entra en la tumba y constata a su vez la presencia de los lienzos y del sudario en el suelo. Se sucede entonces un «ver» sin «creer», el de Pedro, y después un «ver» y un «creer» absolutos del otro discípulo («vio y creyó»). Empleados sin complemento, los dos verbos traducen una completa adhesión de fe, incluso aunque se trate de un creer interior y no se exprese en palabras. Los dos discípulos comprenden ahora el sentido de la misteriosa frase de la Escritura: Jesús debía «levantarse de entre los muertos». Con la certeza de que está vivo regresan a casa. El texto hace pasar de la muerte a la vida y del ver al creer.

Escena 3 (vv. 11-17). María Magdalena se queda junto a la tumba llorando. A su vez, se inclina hacia la tumba. Dos mensajeros de blanco que están allí son los que le dirigen la palabra. ¡Presencia divina y palabras de vivos en un lugar de muerte! Todavía inclinada hacia la tumba y llorando, María permanece encerrada en la idea de que se lo han llevado y en la búsqueda posesiva de «mi» Señor. ¿Dónde está? Compás de espera.

Habiendo expresado su deseo, se vuelve atrás. Vuelta física que le hace volver la espalda a la tumba y la sitúa frente a Jesús «de pie». Igual que los mensajeros, Jesús le dice: «¿Por qué lloras?». Y añade: «¿A quién buscas?». Sin responder a la pregunta,

María reitera su petición: «¿Dónde lo pusiste?». Nuevo compás de espera.

Cuando Jesús la llama por su nombre es cuando se opera en ella un cambio: el verbo se traduce «se volvió hacia atrás» o «vuelta completamente». El otro discípulo había «visto» antes de «creer», María «escucha» y esta voz le abre al reconocimiento del Resucitado. María reconoce al Maestro: utilizando su lengua responde en arameo: «Rabboní» (mi Rabbí). Jesús, reconocido ahora por María, está vivo y presente. Se abre un futuro que nos será revelado en el acto III.

El sustantivo «ángel» (*angelos*), de la misma raíz griega que el verbo «anunciar» (*angelein*), puede traducirse también por «anunciador, mensajero».

En los escritos del Nuevo Testamento, el verbo «estar de pie» (*istanai*) se emplea para decir que Jesús había sido «levantado» de entre los muertos, por lo tanto vivo (cf. Ap 5,6: «Y vi [...] un Cordero como degollado, en pie»).

Breve encuentro entre el Resucitado y María; su futuro está en otra parte. Jesús hace partícipe a María del final de su misión terrena. Venido del Padre (cf. Jn 1,1: «La Palabra estaba junto a Dios»), Jesús vuelve «junto a mi Padre y vuestro Padre». Único empleo de esta fórmula en el Nuevo Testamento: Jesús transmite a la humanidad la relación que tiene con su Padre. Por ahora, María hace de mensajera para que anuncie a los discípulos la Buena Nueva de un Jesús vivo. Para el Resucitado, es la hora de subir junto al Padre, lo que Lucas presentará como una ascensión (Lc 24,51 y Hech 1,9).

Escena 4 (v. 18). Para María se trata del envío en misión a sus hermanos: habiendo reconocido al Maestro, parte a anunciarlo a sus discípulos. La relación posesiva de María con el que ella llama «mi Señor», «mi Maestro» se transforma en responsabilidad: «He visto al Señor...» y me ha dicho que os diga... Pero si el Resucitado sube junto al Padre, ¿ya

no le verán los discípulos? El compás de espera es más intenso que nunca.

Un Viviente que comunica su vida (acto III)

Escena 1 (v. 19a). El Viviente está ahora junto al Padre. ¿Está, pues, ausente de este mundo? Sin embargo, se manifiesta la tarde de ese mismo día.

Escena 2 (vv. 19b-25). Jesús llega a un lugar cerrado y se «presentó de pie en medio de sus discípulos». Es el núcleo del relato: después de haberse hecho reconocer «en privado» por María Magdalena, Jesús se manifiesta por primera vez a sus discípulos. Esta manifestación hace que el relato evangélico entre en una dimensión inédita, rompiendo con lo que precede. Estando junto al Padre, Jesús se encuentra al mismo tiempo presente en la comunidad reunida. Este episodio inaugura una situación que será en adelante la de la Iglesia: la presencia-ausencia del Señor resucitado.

Escrito a finales del siglo I, el relato joánico permite señalar, a través de las etapas del encuentro de Jesús con sus discípulos, siete elementos de la comunidad eclesial: 1. Presencia-ausencia del Señor. 2. Reconocimiento del Señor resucitado. 3. Don de la paz. 4. Alegría de la comunidad. 5. Envío misionero. 6. Efusión del Espíritu. 7. Misión de perdonar los pecados.

Envío misionero y don del Espíritu están en el centro de esta primera manifestación de Jesús (vv. 21-23). El empleo, en el texto griego, de dos verbos diferentes subraya en primer lugar que el envío de los discípulos por Jesús (*pempein*) no es del mismo orden que el envío de Jesús por el Padre (*apostellein*). En cuanto al don del Espíritu, el verbo «insuflar» —único empleo de este verbo en el Nuevo Testamento— recuerda la creación de Adán («el Señor formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un

ser viviente» [Gn 2,7]). Este don del Espíritu conlleva la remisión de los pecados. La adhesión de fe está ligada al don del Espíritu. Pero este envío y este don no están reservados sólo a los discípulos presentes, la escena siguiente lo prueba.

Escena 3 (vv. 26-29). Tomás no estaba presente en la primera manifestación de Jesús. No habiendo recibido el don del Espíritu, se encuentra en la situación del incrédulo: quiere ver y tocar. Pero es la palabra del Resucitado la que le «toca» el corazón. De boca de Tomás viene la primera confesión de fe después de la resurrección: «Señor mío y Dios mío». Afirmación, no exclamación, y la única expresión del Nuevo Testamento en que se asocian los títulos Señor y Dios.

De este modo, en el eje portador de sentido (del acto II, escena 2, al acto III, escena 3), se entrecruzan las palabras ver y creer: pasaje con los dos discípulos, de ver al creer; pasaje con María Magdalena, de la ausencia a la presencia y al reconocimiento; pasaje con los discípulos, de un Jesús que se deja ver a un Jesús que, por el don del Espíritu, se da a creer; pasaje con Tomás, del deseo de ver y de tocar a la palabra de fe. El relato conduce al lector de la frase «vio y creyó» a las palabras de Jesús: «¡Felices los que no ven y creen!».

Escena 4 (vv. 30-31). En atención a sus lectores, el autor joánico, no quedándose más que con el creer, añade: «Y estas [señales] se han escrito para que creáis [...] y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre». Y esto vale también para «nosotros».

Creyentes testigos del que vive (acto IV)

Escena 1 (21,1a). Tercera manifestación del Resucitado, en otro marco, aunque ya conocido. Sucede en Galilea, donde Jesús «hizo» el signo inicial en Caná (2,1-11), concretamente en el lago de Tiberíades, donde tuvo lugar el episodio de la multiplicación de los panes (Jn 6). El presente relato plantea

dos preguntas: ¿en qué signos se reconoce al Resucitado? ¿Cómo ser testigos del Viviente?

Escena 2 (vv. 1b-8). El episodio comienza con una historia de pesca infructuosa, a pesar de toda una noche de trabajo. Jesús invierte la situación. Como en Caná («Llevar... llevaron...»), su palabra se revela eficaz: «Echad... echaron», y la carencia cede el puesto a la sobreabundancia. Esta palabra creadora cualifica a Jesús y le hace ser reconocido como «Señor» por «el otro discípulo» y Pedro, primeros testigos de la tumba vacía.

Escena 3 (vv. 9-14). Una vez reconocido, Jesús toma la iniciativa de la comida. De nuevo la sobreabundancia: pescado menudo y 153 peces grandes, (v. 11). Siendo esta cifra el número de especies de pescado conocidas en la época, resulta ser signo no de totalidad, sino de universalidad. Sobreabundancia y universalidad son indicadores de una acción divina. Ninguno de sus discípulos se equivoca: ahora han identificado al desconocido de la orilla y reconocido al Señor resucitado. Éste hace los dos gestos habituales de todo relato evangélico de comida: toma y da (cf. Jn 6,11; 13,26). La forma intemporal de los verbos –presente continuo– es significativa: estos dos gestos expresan cada vez la presencia y la acción del Señor. Desde entonces, este cada vez es el «día del Señor». En el centro de este acto III, acto del reconocimiento del héroe, Jesús es reconocido como el que es «don».

En los relatos evangélicos de la Cena (Mt 26,26; Mc 14,22; Lc 22,19), de la fracción del pan (Lc 24,30) y de la multiplicación de los panes (Mt 15,36; Mc 6,41; 8,6; Lc 9,16), el verbo «dar», del que Jesús es sujeto, se emplea de forma absoluta, sin complemento de objeto directo. El relato pone el acento no sobre el objeto dado, sino sobre el sujeto que da.

Escena 4 (vv. 15-25). El episodio final pone en escena a los dos primeros protagonistas del principio. Después de la comida, Jesús se vuelve hacia

Simón Pedro para precisarle su misión: llevar a pasar al rebaño. Los verbos evocan la autoridad del pastor: la orden en imperativo presente significa una misión inmediata y de duración indeterminada, sin fin. Una misión semejante exigirá de Pedro el abandono de sí y la desposesión de su querer hacer: le llevará, en efecto, «adonde no quieres ir». Ésta es la mística del testigo según el sentido del verbo «amar» (*agapan*, ver recuadro). El testigo está en las manos de Aquel que le envía, y lleva a sus hermanos el Amor que está en Dios. El futuro de Pedro no está, por tanto, en las manos de Pedro, transmite la palabra de otro: «Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará en [el camino de] la verdad total; pues no hablará por su cuenta, sino que expondrá lo que oiga y os anunciará lo venidero» (Jn 16,13).

LOS DOS VERBOS «AMAR»

En Jn 21,15-17 se entremezclan los verbos «amar» (*agapan*) y «amar con ternura, tener afecto» (*philein*). El autor joánico privilegia claramente el primer verbo:

– *Agapan* se emplea 34 veces en el evangelio y 34 veces en las Cartas y el Apocalipsis (más 75 veces en el resto del Nuevo Testamento).

– *Philein* se emplea 13 veces en Juan (más 12 veces en el resto del Nuevo Testamento).

Este verbo y su sustantivo (*ágape*, término poco frecuente en griego clásico, aunque más corriente en el griego *koiné* del siglo I) expresan el amor que hay en Dios: amor gratuito y universal, amor sobrenatural, como lo describe el apóstol Pablo en 1 Cor 13. Siendo de raíces diferentes, *agapan* y *philein* han sido traducidos con dos verbos diferentes (p. 29).

Para curar la herida de la triple negación (Jn 18,15-27) es precisa una triple palabra de amor. Jesús entreabre a Pedro el camino del *ágape* sabiendo que Pedro aún no puede entrar en él. Por eso, en la tercera pregunta Jesús se une a Pedro allá donde está, es decir, en la ternura de la que Pedro es capaz: «Pedro, ¿me amas?». Sin embargo, las palabras de Jesús no ocultan nada. En efecto, Jesús predice a Pedro (v. 18) que un día él también amarán a Jesús hasta dar la vida por él. El célebre Rabí Aqiba, cuando sea martirizado por los romanos en el 135, se regocijará de poder amar a Dios así, «con todas sus fuerzas», como lo pide la Torá (Dt 6,5). Pero, en este último combate, el don de sí es aún un don de Dios: el *ágape* no proviene de nuestras propias fuerzas humanas; este Amor viene de Dios (1 Jn 4,7).

En la Iglesia naciente, cada uno aporta su testimonio de manera diferente. A uno, Jesús le dice: «Sígueme». A otro: «Si quiero que éste se quede...» La vocación de Pedro es la de seguir a Jesús hasta la muerte: «Extenderás las manos» (v. 18). En la época en que se escribe el texto, Pedro ya ha muerto mártir en Roma, en el 64, bajo Nerón. La vocación del «otro discípulo» es la de «quedarse» para dar testimonio. Uno y otro «caminan con» el Resucitado (primer sentido del verbo seguir, *akolouthéin*), pero por caminos diferentes. La vocación de uno no es la del otro; el lector se ha dado cuenta de ello desde el comienzo de los relatos de la resurrección. Así marcha la Iglesia: a cada uno su misión.

En resumen, el capítulo 21 describe la vida cotidiana de los creyentes. Fieles a la llamada del Señor, que les invita a ser pescadores de hombres, conscientes de su presencia y de su ayuda, alimentados con su palabra y con sus dones, están dispuestos a atestiguar cada uno según su vocación.

El Evangelio, una lectura difícil

A muchos cristianos que querrían leer el evangelio y no lo consiguen, no les frena solamente su falta de cultura. Esto no es más que un obstáculo negativo que podría ser fácilmente superado, como es el caso de los que tienen, empleando una expresión evangélica, una «mirada sencilla» (cf. Mt 6,22). Éstos, para aprender a leer el evangelio..., ¿se contentan con leerlo! Para la lectura de la Biblia, como para el aprendizaje de los idiomas, el método directo es aún el mejor. Desgraciadamente, muchos lectores están dificultados por obstáculos positivos, quiero decir, por prejuicios tanto más sólidos cuanto más inconscientes. Veamos algunos de éstos a priori.

Buscamos en el Evangelio la exactitud material de un hecho constatable o un informe de experto, y nos sorprendemos de la vaguedad de algunos detalles o de la contradicción entre varias reseñas del mismo hecho.

Olvidando que es un libro que forma un conjunto, extraemos tal o cual sentencia, a la que damos un valor absoluto, cuando éstas no pueden comprenderse más que en su contexto.

Pedimos al evangelio, así fragmentado, que sea una guía de vida diaria para cualquier circunstancia, y buscamos cómo aplicar una palabra... que no ofrece un precepto moral, sino que constata una ley objetiva de la economía de la salvación.

Nos habíamos figurado que este libro divino debería ser consolador, incluso tranquilizador, y nos sorprendemos de encontrar en él palabras duras o escandalosas. El escándalo viene también de nuestro racionalismo prosaico: olvidamos que el evangelio, texto oriental salido de una predicación popular, abunda en paradojas e hipérbolos, en recursos poéticos y oratorios.

Finalmente, muchos católicos con tendencia doctrinal querrían encontrar en el evangelio, en su última forma, los dogmas definidos, hace mucho tiempo y con gran dificultad, por los concilios de Nicea y de Calcedonia, o incluso de Trento...

He aquí algunos de los «complejos» que impiden a muchos espíritus, por otra parte seriamente religiosos, simpatizar con el evangelio. Las dificultades se reducen a una sola: queremos atrapar el contenido del Evangelio, separando la sustancia dogmática o la repercusión moral, olvidando que, para llegar a esas realidades, hay que pasar por el texto que las expresa. Los evangelios son libros, hechos literarios. Para alcanzar la médula, hay que comenzar por estar atento a la letra.

(Antoine-Marie ROGUET, *Initiation à l'Évangile*, Livre de vie 116, Seuil, París 1973, pp. 7-8).

«Ha resucitado según las Escrituras»

En el último capítulo del evangelio de Lucas, el episodio más recordado en catequesis es el inesperado encuentro que tienen dos discípulos con Jesús resucitado en el camino de Jerusalén a Emaús. Este episodio ha hecho correr mucha tinta y suscitado tantas construcciones discutibles como ricos comentarios.

El autor conduce la representación

Los episodios sucesivos de un relato no están yuxtapuestos. No constituyen una sucesión de cuadros independientes unos de otros, como en una galería de arte en que cada tela tiene su valor y su significado por sí misma. Cada episodio de un relato está en relación con el que le precede y con el que le sigue. El texto precedente (Jn 20-21) ha mostrado que, a través de las escenas sucesivas del relato, se despliega un movimiento de conjunto, riguroso y coherente. Además, el texto se revela construido, lógico, y es el autor quien conduce al lector –utilizando una expresión del relato joánico– «allí donde (¿quizá tú, lector?) no quieras ir» (Jn 21,18). Él es el que conduce la representación, pues es él quien tiene una Buena Nueva que anunciarnos.

El núcleo del texto

El «corazón» de los relatos de la resurrección no está allí donde nuestro corazón nos lleva. Espontáneamente nos ponemos en situación y nos proyectamos en el personaje de nuestra «hermana» María Magdalena o de nuestros «hermanos» Cleofás y su compañero. Esto supone olvidar que el héroe y el personaje central del relato es Jesús resucitado. Sin ser desvalorizados por ello, los otros actores son los beneficiarios de este primer personaje. En efecto, es alrededor de él –«se presentó en medio de ellos» (Lc 24, 36)– como se reunirá la primera comunidad cristiana y como se hará la unidad. El encuentro y el descubrimiento de Jesús resucitado son ante todo eclesiales, y los relatos sitúan en el núcleo de esta Buena Nueva no la experiencia individual, sino la experiencia de la comunidad de creyentes.

Es extraño ver la facilidad con la que los lectores del relato evangélico se alejan frecuentemente del texto, añadiendo o suprimiendo palabras inconscientemente. Se ponen de manera subrepticia en el lugar de los personajes de los que habla la historia, y así abandonan la compañía del autor evangélico, encargado de llevarles una Buena Nueva inédita.

Jesús A discípulos Ojos cerrados, Jesús reconocido	«Y entró a quedarse con ellos...»
15b-16	29b
15a	17-29a no saber de los discípulos
«Y se dio el caso de que...»	18b-24 17-29a 17-18a 25-27
	saber de Jesús v. 15-29

Al volver a Jerusalén, los dos discípulos reciben de la comunidad el anuncio de la resurrección

«Y resulta ...» Dos discípulos camino de Emaús	v. 13-14	v. 33-35 v. 30-32
		Fracción del pan: «Y se lo daba»
		30b-31a 32
		30a 31b
		«Y se dio el caso de que... »
		«Ardía el corazón»
		«Se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista»

24,13,35
24,1-12

«Pero cuando entraron...» Ausencia del cuerpo		
	v. 3 v. 12	
	v. 1-2 v. 4-11	

Pedro en el sepulcro

«Pero el primer [día] de la semana, llegaron al sepulcro...»		
		«He aquí...»: Palabra de vida
		«Imaginación»
		5-7 11
		4 8-10
		«Y cuando volvieron del sepulcro, contaron todo esto...» (Testigos nombrados)

*«Y se volvieron a Jerusalén con gran alegría
y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios»*

24,52-53
24,36-51

Jesús se deja ver en su realidad carnal
*«Ved... tocad... Y cogiéndolo,
comió delante de ellos»*
Repetición de cualificación

*«Y alzando las manos,
los bendijo»*

«Y era llevado al cielo»

50b 51b
50a 51a

*«Los sacó afuera hasta
cerca de Betania»*

*«Y se dio el caso de que...
se separó de ellos»*

v. 37-43 v. 50-51
v. 36 v. 44-49

«[Jesús] se presentó [de pie] en medio de ellos»
Discípulos Δ Jesús

*«Les abrió la inteligencia
para entender las Escrituras...
Vosotros [sois] testigos de estas cosas»*

LECTURA

Los acontecimientos de este final del evangelio de Lucas suceden en un día, «el primer día de la semana», el día después del sábado (*sabbat*) judío. Las indicaciones de lugares y la entrada y la salida de actores en escena determinan los cuatro actos del relato: I. Las mujeres en la tumba; II. El encuentro del Resucitado y los dos discípulos en el camino de Emaús; III. El Resucitado en medio de sus discípulos en Jerusalén; IV. Los discípulos en el Templo de Jerusalén. Una frase suena como *leitmotiv* en los tres primeros actos: «era preciso que... No era preciso que... era necesario que...» (vv. 7.26.44), expresiones significativas de «pasos obligados» que el Salvador (Lc 2,11) debe dar para que «se cumplieran plenamente las Escrituras», otro *leitmotiv* de este capítulo (24,25-27.32.44-47).

La expresión «y se dio el caso de que...» aparece cuatro veces en el texto. Es frecuente en el evangelio de Lucas y anuncia en cada caso un momento importante del relato: la presencia de los ángeles en la tumba (v. 4), la llegada de Jesús (v. 15), la fracción del pan (v. 30), la ascensión de Jesús (v. 51).

En busca del Resucitado (acto I)

No habiendo podido, la víspera del *sabbat*, proceder al rito del embalsamamiento del cuerpo de Jesús (23,54-56), las mujeres llegan a la tumba al día siguiente para cumplir su tarea tradicional. Primera sorpresa: la piedra está corrida. Entran. Segunda sorpresa: el cuerpo de Jesús no está allí. Estos dos hechos, la apertura de la tumba y la ausencia del cuerpo, son ya una señal del alejamiento de la muerte. Momento de indecisión y tercera sorpresa: «dos hombres» se presentan ante ellas, de pie y con vestiduras resplandecientes: signos de una presencia divina. Por otra parte, en la sociedad judía

eran jurídicamente necesarios dos testigos para dar fe de una noticia importante. Las mujeres no se equivocan; la indecisión da lugar al temor y al respeto: inclinan el rostro a tierra.

Entonces se produce la revelación: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». El discurso de los mensajeros celestiales emplea los tres verbos utilizados en la época para hablar de la resurrección de Jesús: es el que vive (v. 5), ha resucitado (v. 6: *egerthe*; v. 7: *anastenai*). Añaden: «Recordad lo que os dijo...». Juego de palabras simbólico, teniendo el verbo «recordar» (*mnemoneuo*) y el sustantivo «tumba» (*mnemeion*) la misma raíz. El lugar de la resurrección ya no es un lugar de muerte: se convierte en el punto de origen a partir del cual, en adelante, serán recordados palabras y gestos de Jesús¹.

Lo que hacen las mujeres: «Y recordaron sus palabras». Llegadas para embalsamar a un muerto, las mujeres se alejan de la tumba y se hacen, a su vez, mensajeras para anunciar que Jesús está vivo. Su palabra no parece, sin embargo, creíble a los Once y a los otros discípulos, y el primer acto se cierra con un no creer.

Palabras y gestos del Resucitado (acto II)

Escena 1 (vv. 13-14). Dos discípulos abandonan Jerusalén y se dirigen hacia Emaús.

Escena 2 (vv. 15-29). Jesús entra en escena en este mismo camino. Él es quien toma la iniciativa del encuentro y de la conversación con Cleofás y su

1. El relato de Mateo (28,1-8) juega también con el sentido de esta palabra: en el v. 1 las mujeres llegan al «sepulcro» (*tafos*, sepultura; cf. «epi-tafio»), pero una vez recibido el mensaje del ángel, abandonan la «tumba» (*mnemeion*, memorial). El lugar de la muerte se ha convertido en el lugar en que Dios recuerda y da la vida (Sal 16,9-10; cf. Hech 2,26-27).

compañero: camina «con ellos». Sin ser reconocido: el no creer precedente da lugar a un no ver. Después de haber comenzado a charlar, la lectura de los acontecimientos que hacen los discípulos se lleva a cabo sobre un fondo de desilusión y de decepción: fracaso de la aventura del «profeta» Jesús, esperanza de liberación reducida a nada, no credibilidad del testimonio de las mujeres. Todo se termina con: «Pero a él no lo vieron». Segundo no ver.

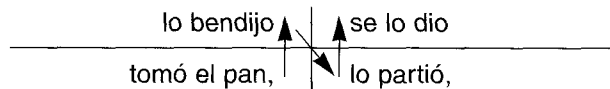
En oposición a la lectura negativa de los acontecimientos hecha por los discípulos, el discurso de Jesús desarrolla el panorama del designio de Dios con una relectura de las Escrituras, de Moisés a los profetas. Con la interpretación de lo que le concierne en estos escritos, Jesús muestra su saber y se cualifica una primera vez para la acción futura. Al llegar al pueblo de Emaús, y ante la insistencia de sus compañeros, Jesús acepta su invitación: entra para quedarse «con ellos». Pero el relato está siempre en el no ver. Pregunta: ¿cuándo y cómo los dos discípulos van a reconocer al Resucitado?

Aquí se puede percibir la insuficiencia de las lecturas llamadas «quísticas» y de la construcción concéntrica del texto (según una curva parabólica), aún utilizadas muy frecuentemente. Es un error proponer como centro del episodio de Emaús la frase del ángel «está vivo», relatada una primera vez por las mujeres y citada ahora por los discípulos. En efecto, hasta entonces Jesús no ha sido reconocido y apenas toma la palabra sino para dos breves preguntas (vv. 17 y 19).

Con la relectura de las Escrituras por Jesús, como contrapunto a la lectura de los acontecimientos hecha por los discípulos, es como la conversación entre Jesús y ellos se muestra como el preámbulo al momento esencial de todo encuentro con el Resucitado: la fracción del pan. El saber de Jesús sobre la «interpretación» de las Escrituras (v. 27) le cualifica para el gesto que realizará a continuación, y que le manifestará y le hará ser reconocido. La fracción del pan es la que «abre» los ojos de los discípulos (cf. v.

35). Y esta apertura de los ojos les revela, retrospectivamente y de golpe, el deslumbramiento de la apertura de las Escrituras. La escena 3 (vv. 30-32) es el centro del acto II, y así el núcleo del acto de cualificación del héroe.

Escena 3 (vv. 30-32). Después de las palabras, los gestos «tomar, partir, dar» (v. 30) constituyen la segunda cualificación de Jesús. Precisemos la construcción de los vv. 30b-31a.



El gesto de la fracción del pan lleva a los discípulos a reconocer al que estaba en la mesa con ellos. Pero, nueva pregunta: ahora, finalmente reconocido, ¿qué va a hacer el Resucitado? Hasta entonces, durante cinco escenas sucesivas, Jesús estaba «con ellos» (vv. 15.29.30), y he aquí que ahora desaparece de su lado. Misteriosa y simbólica separación. Esta marcha súbita, en el mismo momento en que le reconocen, subraya que la revelación de Jesús resucitado –y la adhesión a él– no es del orden del ver, sino del creer, ayudada por la mediación de signos: fracción del pan y relectura de las Escrituras. De nuevo «entre ellos» (como cuando caminaban, v. 14), los dos discípulos rememoran entonces su doble «caminar»: a la vez en el camino y en el corazón, «mientras nos hablaba». Era necesario primeramente que Jesús les «abriera las Escrituras» para que, a continuación, con la fracción del pan, «se les abrieran los ojos». La visión de Jesús ya no les es necesaria, pues su espíritu y su corazón han sido, ahora, abiertos a la fe.

Escena 4 (vv. 33-35). De regreso a Jerusalén, donde se encuentran con los Once y los que estaban con ellos, los dos discípulos descubren que su experiencia no es la primera. En la asamblea de los Once y de los demás es donde escuchan el anuncio de la

resurrección de Jesús y cómo le corresponde a Simón Pedro el privilegio de la primera aparición del Señor. A continuación, en la misma asamblea, tiene lugar el testimonio de los dos discípulos de Emaús.

En este contexto, el episodio de los discípulos de Emaús puede ser leído en una perspectiva de liturgia eucarística, con lectura de la Palabra y fracción del pan. La misma expresión «fracción del pan», insólita en griego, se utiliza –solamente por Lucas (Lc 24,35; Hech 2,42)– con un sentido específicamente cristiano para designar la eucaristía. El texto, escrito intencionadamente para lectores cristianos, subraya así el vínculo que une, en la fe, la celebración de la eucaristía y el reconocimiento de la presencia del Resucitado, presencia visible, pero manifestada mediante este signo. Mediante este episodio, Lucas esboza la estructura de la asamblea dominical, tal como debería ser: compartir los acontecimientos de la vida cotidiana, con sus alegrías y sus dificultades, compartir la Palabra de Dios y, cuando el corazón esté «ardiendo», la fracción y el compartir el pan eucarístico, presencia real del Señor.

La comunidad del Resucitado (acto III)

Escena 1 (v. 36). El encuentro del Resucitado y de los dos discípulos era un encuentro «privado», semejante al de Jesús y María Magdalena (Jn 20,11-18). Como en el relato joánico, la primera manifestación del Resucitado en medio de la asamblea de los discípulos se sitúa en el acto III del relato: «Se presentó en medio de ellos». Este acto es el núcleo de los relatos de la resurrección. Aquí es donde Jesús libra su combate.

Escena 2 (vv. 37-43). En un primer tiempo, y, a su vez, para evitar toda ambigüedad –pues «creían ver un fantasma»–, el Resucitado se deja ver y tocar en su realidad carnal. Recurso literario del autor. En

efecto, en el ánimo de los lectores de origen griego, para quienes la resurrección de la carne suponía dificultad (el apóstol Pablo había tenido experiencia de ello en Atenas: Hech 17,32; cf. 1 Co 15,12), el relato de Lucas insiste en la realidad corporal de la resurrección. El discurso de Jesús precisa con insistencia: «*Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona. Tocadme* y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como *veis* que yo tengo». Y, como confirmación, Jesús come «delante de ellos». Estas palabras y estos gestos prolongan la cualificación del Resucitado, ya expresada por la relectura de las Escrituras (vv. 24-27) y por la fracción del pan (v. 30). Después de las incertidumbres y las dudas del principio, resulta útil una insistencia semejante: incluso aunque la fe no es del orden del ver, el ver puede a veces facilitar el creer.

Escena 3 (vv. 44-49). Se entabla entonces el combate del Resucitado. Ante la asamblea de los discípulos –los Once con Pedro, los que estaban con ellos, Cleofás y su compañero–, Jesús recuerda la predicación de su vida terrena («cuando aún estaba entre vosotros ya os dije»), con un refuerzo de la expresión «era necesario» (citada en los vv. 7.26): «era necesario que se *cumpliera* todo lo escrito sobre mí». Con la venida de Jesús, las Escrituras no han quedado obsoletas: son, más que nunca, la referencia. Con esta perspectiva, y como anteriormente (v. 27), el Resucitado abre a sus oyentes a la inteligencia de las Escrituras.

Una vez hecha la referencia a las Escrituras, el último discurso presenta los temas de la predicación apostólica: la proclamación de la conversión y del perdón de los pecados, la universalidad de la salvación. Después, con un estilo directo («vosotros» se emplea 5 veces), se dan las últimas consignas a los discípulos: su función de testigos, la recepción del Espíritu prometido por el Padre, el don del poder de lo alto. María (Lc 1,35) y Jesús (Lc 3,22) se habían beneficiado de los mismos dones para su misión.

Escena 4 (vv. 50-51). El Resucitado ha cumplido su obra. Su combate ha terminado, su misión terrena ha acabado. Ahora recibe el reconocimiento del Padre: es llevado al cielo. Lucas ha mostrado en varias ocasiones en su relato evangélico (1,17; 4,25-26; 7,12-16; 9,8; 9,51-62) al profeta Elías, arrebatado al cielo (2 Re 2,9-11), como figura profética de Jesús.

Un Resucitado que hay que reconocer (acto IV)

El relato comenzaba en la tumba, termina en el Templo. Para los discípulos es el momento del reconocimiento. Al principio, y por vez primera y única en los relatos evangélicos (con Mt 28,17), los discípulos se postran (literalmente, «se arrodillan») ante el que acaba de bendecirlos y que se reúne con el Padre.

A continuación, fieles a las consignas (vv. 47,49), regresan a Jerusalén, la ciudad designada como punto de partida de su testimonio. Esperando la venida del Espíritu, rebosantes de alegría, se reúnen en el Templo «bendiciendo a Dios». Jesús ya no está allí. Pero los testigos están preparados para proclamar en su nombre la conversión y el perdón de los pecados a todas las naciones. La carencia se ha colmado. Ahora es la asamblea de los discípulos, núcleo de la futura Iglesia, la que está a cargo del kerigma.

Según su sujeto, el verbo «bendecir» adopta dos significados. Inicialmente, Dios bendice al hombre comunicándole sus dones. A su vez, el hombre bendice a Dios expresándole su reconocimiento por los dones recibidos. El cántico de Zacarías expresa estos dos sentidos: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y

redimido a su pueblo» (Lc 1,68). La oración del ofertorio de la misa dice: «Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan...».

No es sorprendente que el relato termine en el Templo. El primer episodio del texto de Lucas, el anuncio a Zacarías del nacimiento de su hijo Juan, ya se situaba en este lugar. En los Hechos de los Apóstoles, del mismo Lucas, después de la recepción del Espíritu y las primeras conversiones, el primer episodio se coloca en el Templo, donde Pedro y Juan habían subido para la oración (Hech 3,1-4,4). Más que los otros tres evangelios, el de Lucas insiste en los ritos culturales y en la oración: subraya la presencia de Jesús en la sinagoga el día del *sabbat*, las plegarias de bendición antes de las comidas, los textos de los Salmos citados en las oraciones de Jesús. También es el único en relatar la subida de Jesús a Jerusalén a la edad de doce años y su encuentro en el Templo con los doctores, así como en señalar cinco oraciones de Jesús. Finalmente, a diferencia de Mateo, que sitúa la tercera tentación de Jesús en un monte muy alto (4,8), Lucas coloca la última tentación «en el alero del Templo», la cima de la religión judía (4,9).

Bibliografía

Jacques DUPONT, «Les disciples d'Emmaüs», en *La Pâque du Christ, mystère de salut*, Lectio Divina 112, Cerf, París 1982, pp. 167-195.

Bernard SESBOÛÉ, «Los relatos del Resucitado»; «Los relatos de la infancia según Mateo», en *Jesucristo, el único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación. II. El relato de la salvación: propuesta de soteriología narrativa*, Koinonía 27, Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, pp. 203-214; 215-217.

Hacer que nazcan las palabras

*“Lo que podría pretenderse en nombre del sentido
reside en lo que está abierto,
no en lo que está cerrado sobre sí”.*

T. ADORNO

Dialéctica negativa

Hay palabras que nacen con el sol y que renacen con él, como las flores. Respiramos en ellas el encanto de una dicha pura. Hacer que nazcan las palabras, como flores abiertas.

«El que hace que nazcan las flores trabaja sencillamente. Echa una mirada y la savia fluye por sus venas. Con su aliento, la flor despliega sus alas y se balancea a merced del viento. Como un deseo del corazón, su perfume traiciona un secreto» (R. TAGORE).

¡El que hace que nazcan las palabras trabaja sencillamente!

Veámoslo. Las palabras vivas «nos hacen ver». El soplo en el que palpitan nos devuelven a una profunda respiración. El ser que se abre en mí es el del «soñador», del que tan bien ha hablado Gaston BACHELARD: «Dos profundidades se conjugan, se reflejan en un eco que va de la profundidad del ser del mundo a la profundidad del ser del soñador... el mundo es complemento directo del verbo contemplar».

Hay que amar las palabras. Pero no cual-

quiera, sino éstas —decía GUILLEVIC—, las que hacen «que se vea mejor y que se avance con más coraje viendo las cosas».

«Una palabra no es un clavo que se clava en la página y que, ahí, permanece sola, perdida en la hoja en medio de otras palabras. Una palabra está llena de manos que buscan tocar.

Una palabra va en busca de otras palabras para algo.

Quiere expresar, quiere llenarse de palabras que el silencio ha dejado».

Amar las palabras como mi padre, ebanista, ha amado la madera y las palabras para nombrarla. Para decir, a través de ellas, la inflexible ternura: firmeza y suavidad.

Paul BAUDIQUÉY (citado en *Aujourd'hui des Chrétiens* [verano 1996] n. 153).

«Yo soy el pan de la vida»

«El que pretenda tener ya las respuestas sin haberse preguntado, sin habérselas formulado, tiemble. Éste es el que obedecerá, llegado el momento, con riesgo de firmar su propia sentencia de muerte».

M. MEYER, De la problématique (1986).

De una orilla a otra

El mar de Galilea (o de Tiberíades) es objeto (en los vv. 1-25) de numerosas travesías, de idas y venidas por parte de diferentes actores, los cuales se encuentran después todos en la sinagoga de Cafarnaún. Curiosos desplazamientos para volver a la orilla oeste, de donde se había salido. Podemos representar el mapa del lago y visualizar las travesías de los diversos actores.

El leccionario litúrgico de los domingos del tiempo ordinario del Año B presenta el capítulo 6 de Juan, del domingo 17^º al 21^º. Pero el relato de cuando Jesús camina sobre las aguas no ha sido incluido: sorprendente omisión. Este relato, insertado en medio del texto, no puede, sin embargo, ponerse entre paréntesis. El lugar que ocupa es importante, ya que constituye la unión entre dos escenas y dos lugares: el compartir el pan en tierra pagana y una conversación de Jesús con los judíos en Cafarnaún. El imperativo de tomar en cuenta el texto en su integridad es una necesidad que obliga frecuentemente a hacer varios intentos antes de llegar a una construcción plenamente satisfactoria. Este capítulo 6 es un buen ejemplo.

De un alimento a otro

Todo el capítulo tiene por tema el pan. Jesús, partiendo el pan dado sobreabundantemente a la multitud reunida en la montaña, habla de otro misterioso pan, que anuncia como su misma carne, que hay que comer y masticar. La reacción de los discípulos es comprensible: «Esta doctrina es inadmisibile».

En la conversación de Jesús con los judíos, el interés de la construcción es la de marcar las sucesivas etapas del debate entre Jesús y sus interlocutores y la de discernir el camino de una revelación progresiva hasta el increíble anuncio: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo... y el pan que yo daré es mi carne...» (v. 51). A través de un juego calculado de preguntas y respuestas, interrumpidas por las murmuraciones de los judíos, que se hacen eco de las del Éxodo (Éx 16,2-8; Nm 14,1-5), la conversación finaliza con la revelación audaz e insostenible que conduce a unos al rechazo y a otros a la adhesión.

LECTURA

En los «relatos de milagros» de los evangelios

Felipe \wedge Jesus Falta de pan	«Jesus se retiro de nuevo al monte solo» 5b-7 15	«Al día siguiente...» La gente busca a Jesús		
Gente \wedge Jesus	5a 8-14 5000 hombres			10 14 «Este es el profeta»
«Jesús subió al monte» Discípulos \wedge Jesús	8-9 cinco panes			11-13 saciados sobreabundancia v. 5-15 v. 3-4
		v. 16-21 Jesus ausente, mar amenazante 17b-18	temor 19b	«En seguida estuvo la barca junto a la costa»
		17a	19a Jesus camina sobre el mar 17-19	21
		«Bajaron sus discipulos al mar»	16	20 ¡«Yo soy» no temais!

6,3-24
6,1-2

«Jesús marchó a la otra orilla del mar.
 Le seguía mucha gente, porque veía las "señales"»

Los Doce Δ Jesús

«¿No os elegí yo a los doce?»

v. 67 v. 70-71
v. 66 v. 68-69

«Muchos de sus discípulos volvieron atrás»

Pedro Δ Jesús
Combate de reconocimiento de Pedro
«¿A quién vamos a ir? Tú eres el Santo de Dios»

6,66-71

6,25-65

«De verdad, os aseguro...»
Preguntas/Respuestas
Como el maná, el pan de
Dios es el que baja
del cielo

26-33 41

Murmuraciones de los judíos

«Conociendo Jesús interiormente, que
sus discípulos murmuraban»

La adhesión al Hijo
es don del Padre

61a 65

25b

34-40

Petición de pan:
«Yo soy el pan de la vida...
que bajó del cielo»

v. 25b-41
v. 25a

«Muchos de entre sus
discípulos dijeron:
Esta doctrina es inadmisibles»

60 61b-64

¿Rechazo o adhesión?

Discípulos y gente Δ Jesús

«Al encontrarlo en la otra orilla del mar»

v. 42-59

«Yo soy el pan
de la vida» 44-50

Murmuraciones
de los judíos
52a

«Dijo esto en Cafarnaún
enseñando en [la] sinagoga»

43 51
«No murmuréis»

«Yo soy el pan
vivo... mi carne»
43-52a

59

42

52b-58

Preguntas de los judíos

«En verdad, os aseguro... Como yo
vivo por el Padre, así el que
me mastica a mí, también él
vivirá gracias a mí»

sinópticos, la palabra de Jesús precede al gesto de salvación o de curación. Éste tiene lugar a continuación, en el tercer acto, en un combate victorioso contra la enfermedad o la muerte: el gesto prueba la verdad de la palabra de Jesús. Por el contrario, en el cuarto evangelio, los discursos son frecuentemente incorporados a hechos concretos que desarrollan el sentido. Por ejemplo, la curación de un paralítico en la piscina de Betesda en sábadó introduce un discurso de Jesús sobre su relación con Dios creador (5,1-47). La vista devuelta al ciego de nacimiento supone otro discurso a los fariseos, que rechazan «ver» (9,1-10,21). Incluso el lavatorio de los pies y el hecho de dar el bocado de pan a Judas (13,1-30) ilustran proféticamente las palabras sobre el *ágape* (13,31-35). Ésta es también la situación del presente relato.

Para la comunidad joánica, los gestos de Jesús se convierten en actos que le cualifican para el verdadero combate, el que se libra en el acto III con unas solemnes palabras de revelación. Las controversias se hacen cada vez más violentas a medida que progresa la afirmación de la identidad divina de Jesús. El combate es mortal, en sentido estricto, y significativo del enfrentamiento que, en los años 80-90, opone el naciente cristianismo al judaísmo. Se terminará en una ruptura fratricida.

Del otro lado del mar (acto I)

Llegar del otro lado del mar era ya el problema de los israelitas que huían de la tierra de servidumbre bajo la dirección de Moisés (Éx 14). El presente relato está, por lo demás, salpicado de alusiones a la vida del pueblo de Israel en el desierto. Y, como en otras ocasiones, la multitud que sigue a Jesús está ávida de «signos».

Gestos que dan la vida (acto II)

El acto II presenta dos acciones de Jesús: el gesto del don y el caminar sobre las aguas. Expresiones de un saber («sabía qué iba a hacer»), de un querer

hacer («para que éstos coman») y de un poder hacer («distribuir... caminar sobre las aguas»), estas acciones cualifican a Jesús para el debate que vendrá. Precisamente Jesús reprochará a la multitud el no «haber visto los signos» (v. 26) tras los gestos realizados.

Escena 1 (vv. 3-4). El gesto del don («distribuyó», literalmente: «dio abundantemente») tiene lugar en la montaña, lugar tradicional de encuentro con Dios.

Escena 2 (vv. 5-15). Las palabras y gestos de Jesús evocan varios episodios del Antiguo Testamento. La pregunta de los discípulos recuerda la de Moisés: «¿De dónde saco yo la carne para dar a todo este pueblo?» (Nm 11,13). La cifra de 5.000 hombres recuerda la organización del pueblo en el desierto (Éx 18,25; Dt 1,15). El paso de lo «poco» a la «demasiá» y los pedazos que quedan remiten al milagro del profeta Eliseo (2 Re 4,42-44).

Jesús dirige la representación, único actor del «signo que hizo» (v. 14): él «sube, mira, pregunta, ordena, toma, da gracias y distribuye». Muestra así una primera cualificación: paso de la carencia a la sobreabundancia, de la insuficiencia (vv. 7-9) a la saciedad. Diez palabras y expresiones muestran esta plenitud: «multitud numerosa, tanta gente, mucha (hierba), cinco mil, todo lo que quisieron, saciados, recoged, recogieron, llenaron, habían comido». Como los profetas de otros tiempos, Jesús se revela como el pastor y el guía de este pueblo, cuidando que nada ni nadie se pierda (vv. 12.27.39).

Cumplido el signo, Jesús es reconocido como el profeta anunciado y esperado. Pero rechaza el dominio sobre su persona: su misión no es de orden temporal, su combate está en otra parte. Desde entonces, se retira «de nuevo» a la montaña, «solo» con Dios.

Escena 3 (vv. 16-21). Separados de Jesús, los discípulos descienden al mar y embarcan para Cafarnaún. Los elementos están contra ellos, la oscuridad, el viento... y Jesús que no siempre está allí. De repente, le ven caminado sobre las aguas.

1 – LOS CINCO TEXTOS EVANGÉLICOS

Juan 20–21

«Hemos visto al Señor»

ACTO I

20,1. Pero el primer [día] de la semana,

ACTO II

(*Escena 1*) de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena marchó al sepulcro y vio la piedra retirada del sepulcro.

(*Escena 2*) 2. Conque marcha corriendo adonde Simón Pedro y el otro discípulo al que quería Jesús, y les dice: «Se llevaron del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo pusieron». 3. Así es que salió Pedro, y el otro discípulo, y marcharon al sepulcro. 4. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro corriendo más aprisa que él, y llegó primero al sepulcro; 5. y al agacharse vio los lienzos lisos; sin embargo, no entró. 6. Conque llegó también Simón Pedro siguiéndolo, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos lisos, 7. y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no liso como los lienzos, sino diversamente, enrollado en [su] sitio. 8. Así que entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, 9. pues todavía no comprendían la Escritura [que dice] que él tenía que resucitar de entre los muertos, 10. Así pues, los discípulos volvieron de nuevo a su casa.

(*Escena 3*) 11. Pero María se había quedado junto al sepulcro, fuera, llorando. Conque, según lloraba, se agachó hacia el sepulcro, 12. y vio dos ángeles con [vestiduras] blancas, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del sitio donde había estado puesto el cuerpo de Jesús. 13. Ellos le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Les dice: «Se llevaron a mi Señor, y no sé dónde lo pusieron». 14. Después de decir esto se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. 15. Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, creyendo que era el hortelano, le dice: «Señor, si lo llevaste tú, dime dónde lo pusiste, y yo lo recogeré». 16. Jesús le dice: «¡María!». Ella, volviéndose, le dice en arameo: «¡Rabbuni!» (que quiere decir: «¡Maestro!»). 17. Jesús le dijo: «Suéltame, pues todavía no he subido al Padre; en cambio, vete a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”» .

(*Escena 4*) 18. María Magdalena marchó a anunciar a los discípulos: «¡He visto al Señor!». Y [que] le había dicho esto.

ACTO III

(*Escena 1*) 19. Conque llegado el atardecer de aquel día, el primero de la semana,

(*Escena 2*) y estando candadas, por el miedo a los judíos, las puertas [de la casa] donde estaban los discípulos, llegó Jesús y se puso en medio y les dijo: «¡Paz a vosotros!». 20. Y después de decir esto les

enseñó las manos y el costado. Así que los discípulos se alegraron al ver al Señor. 21. Conque volvió a decirles: «¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado, también yo os envío». 22. Y después de decir esto, sopló y les dijo: «Recibid espíritu santo. 23. Si perdonáis los pecados de alguno, le quedan perdonados; si retenéis [los] de alguno, quedan retenidos». 24. Uno de los Doce, Tomás (que se llamaba Dídimo), no estaba con ellos cuando llegó Jesús. 25. Así es que los otros discípulos le decían: «¡Hemos visto al Señor!». Pero él les dijo: «Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y no pongo mi dedo en la marca de los clavos, y no pongo mi mano en su costado, no creeré».

(Escena 3) 26. Y ocho días después estaban dentro otra vez sus discípulos, y Tomás con ellos. Estando candadas las puertas llegó Jesús y se puso en medio, y dijo: «¡Paz a vosotros!». 27. Luego dijo a Tomás: «Trae acá tu dedo y mira mis manos; y trae tu mano y pon[la] en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente». 28. Tomás le respondió así: «¡Señor mío y Dios mío!». 29. Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? ¡Felices los que no ven, y creen!».

(Escena 4) 30. Y Jesús realizó también en presencia de sus discípulos otras muchas «señales», que no se han puesto por escrito en este libro. 31. Y éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

ACTO IV

(Escena 1) 21,1. Después de esto, Jesús se manifestó de nuevo a los discípulos junto al mar de

Tiberíades. Se manifestó así: 2. Estaban juntos Simón Pedro y Tomás (que se llamaba Dídimo), Natanael, de Caná de Galilea, los [hijos] de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. 3. Simón Pedro les dice: «Voy a pescar». Le dicen: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. 4. Y cuando ya llegó el amanecer, se presentó Jesús en la orilla; sin embargo, los discípulos no sabían que era Jesús. 5. Así es que Jesús les dijo: «Muchachos, ¿no tenéis algo de pesca?». Le respondieron: «No». 6. Pero él les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca, y encontraréis». Así es que la echaron y ya no podían levantarla por la cantidad de peces. 7. Conque aquel discípulo al que amaba Jesús le dice a Pedro: «Es el Señor». Y Simón Pedro, al oír que era el Señor, se ciñó la ropa de fuera, pues estaba sin ropa, y se echó al mar. 8. Los otros discípulos, por su parte, llegaron en la barca (pues no estaban lejos de la orilla, sino a unos doscientos codos), tirando de la red de los peces.

(Escena 3) 9. Conque cuando saltaron a la orilla vieron unas cuantas brasas y un pez encima, y pan. 10. Jesús les dijo: «Traed de los peces que acabáis de pescar». 11. Así es que subió Simón Pedro y arrastró hasta la orilla la red llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres; y aunque eran tantos no se rompió la red. 12. Jesús les dijo: «Venid a almorzar». Y como sabían que era el Señor, ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú quién eres?». 13. Jesús va y coge el pan y se [lo] da, y lo mismo el pez. 14. Ésta [fue] ya la tercera vez que Jesús, resucitado de entre los muertos, se manifestó a los discípulos.

(Escena 4) 15. Conque, cuando almorzaron, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, [hijo] de Juan, ¿me amas más que éstos?». Le dice: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice: «Cuida mis corde-ros». 16. Le vuelve a decir por segunda vez: «Simón, [hijo] de Juan, ¿me amas?». Le dice: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice: «Pastorea mis ovejas». 17. Le dice por tercera vez: «Simón, [hijo] de Juan, ¿me quieres?». Pedro se entristeció porque le había dicho por tercera vez: «¿Me quieres?», y le dice: «Señor, tú sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice: «Cuida mis ovejas. 18. De verdad te aseguro: cuando eras más joven, te ceñías y caminabas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y llevará adonde no quieres». 19. (Dijo esto indicando con qué muerte glorificaría a Dios). Y después de decir esto le dijo: «Sígueme».

20. Vuelto Pedro, vio que seguía [detrás] el discípulo al que amaba Jesús, precisamente el que en la cena se había reclinado en su pecho y había dicho: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». 21. Así es que, al verlo Pedro dijo a Jesús: «Señor, ¿y éste, qué?». 22. Jesús le dijo: «Si quiero que éste se quede mientras vuelvo, ¿a ti qué? Tú sígueme». 23. De ahí que se divulgara entre los discípulos este rumor: «Ese discípulo no muere». Pero Jesús no le dijo: «No muere», sino: «Si quiero que éste se quede mientras vuelvo, ¿a ti qué?». 24. Éste es el discípulo que testifica acerca de estas cosas, y el que escribió estas cosas, y sabemos que es válido su testimonio. 25. Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, creo que ni el mundo entero tendría sitio para los libros que habrían de escribirse.

ACTO I

(Escena 1) 1. Pero el primer [día] de la semana, antes del amanecer, llegaron al sepulcro llevándoles perfumes que habían preparado. 2. Y encontraron la piedra corrida fuera del sepulcro,

(Escena 2) 3. Pero cuando entraron no encontraron el cuerpo del Señor Jesús.

(Escena 3) 4. Y se dio el caso de que, cuando estaban perplejas ante aquello, de pronto se les presentaron dos hombres con togas relampagueantes. 5. Al asustarse ellas y bajar su rostro hacia el suelo, les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? 6. No está aquí, sino que resucitó. Recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea, 7. diciendo que el Hijo del hombre tenía que ser entregado a manos de pecadores y ser crucificado, y resucitar al tercer día». 8. Y recordaron sus palabras. 9. Y cuando volvieron del sepulcro contaron todo esto a los Once y a todos los demás. 10. Eran la Magdalena (María), Juana y María la de Santiago; y las demás [que iban] con ellas decían lo [mismo] a los apóstoles. 11. Pero aquel informe les pareció pura imaginación y no las creyeron.

(Escena 4) 12. Por su parte Pedro, levantándose, corrió al sepulcro; y al agacharse vio sólo los lienzos; y se marchó a su casa, sorprendido por lo que había pasado.

ACTO II

(Escena 1) 13. Y resulta que aquel mismo día, dos de ellos iban de camino a una aldea cuyo nom-

bre [era] Emaús, distante de Jerusalén sesenta estadios, 14. e iban conversando entre ellos sobre todos estos acontecimientos.

(*Escena 2*) 15. Y se dio el caso de que, mientras ellos conversaban y discutían, también Jesús, acercándose, caminaba con ellos, 16. pero los ojos de ellos estaban incapacitados para reconocerlo. 17. Les dijo: «¿Qué conversación [es] la que lleváis entre vosotros mientras camináis?». Se detuvieron entristecidos. 18. Y tomando la palabra uno, por nombre Cleofás, le dijo: «¿[Eres] tú el único forastero en Jerusalén que no se enteró de lo que pasó estos días en la [ciudad]?». Les dijo: 19. «¿Qué [pasó]?». Ellos le dijeron: «Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso de palabra y obra ante Dios y todo el pueblo: 20. cómo lo entregaron nuestros sumos sacerdotes y autoridades para condenarlo a muerte, y lo crucificaron. 21. Nosotros esperábamos que fuera él el que iba a liberar a Israel; más aún, a todo esto, éste es el tercer día desde que pasó eso. 22. Incluso algunas mujeres de nuestro grupo nos sobresaltaron; estuvieron de mañana en el sepulcro, 23. y al no encontrar su cuerpo volvieron diciendo que hasta habían visto una visión de ángeles que dicen que vive. 24. Y fueron al sepulcro algunos de los [que están] con nosotros y encontraron [todo] tal como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

25. Y él les dijo: «¡Oh ignorantes y torpes para creer en todo lo que dijeron los profetas! 26. ¿No tenía que sufrir esto el Mesías, para entrar en su gloria?». 27. Y empezando por Moisés, y por todos los profetas, les interpretó lo que se refería a él en toda la Escritura. 28. Y [cuando] llegaron cerca de la aldea adonde se encaminaban, él hizo como que iba de camino hasta más adelante, 29. pero le obligaron,

diciendo: «Quédate con nosotros, pues está atardeciendo y ya se ha ido el día».

(*Escena 3*) 30. Y entró a quedarse con ellos. Y se dio el caso de que, cuando estaba a la mesa con ellos, cogió el pan, rezó la bendición, [lo] partió y se lo daba. 31. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. 32. Y se dijeron uno a otro: «¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino, cuando nos abría [el sentido de] las Escrituras?».

(*Escena 4*) 33. Y levantándose, a aquella misma hora, se volvieron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los Once y a los [que andaban] con ellos, 34. diciendo: «Realmente resucitó el Señor, y se dejó ver de Simón». 35. Y ellos referían lo [occurrido] en el camino, y cómo se les dio a conocer en la fracción del pan.

ACTO III

(*Escena 1*) 36. Mientras estaban diciendo esto, él se presentó en medio de ellos; y les dijo: «¡Paz a vosotros!».

(*Escena 2*) 37. Despavoridos y asustados, creían ver un espíritu. 38. Pero les dijo: «¿Por qué estáis alarmados, y por qué surgen dudas en vuestro interior? 39. Ved mis manos y mis pies: “yo soy”, en persona; palpadme y ved: un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo yo». 40. Y después de decir esto les enseñó las manos y los pies. 41. Y como todavía no creían, por la alegría, y estaban sorprendidos, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?».

42. Ellos le dieron un trozo de pez asado; 43. y cogiéndolo, comió delante de ellos.

(Escena 3) 44. Y les dijo: «Esto es lo que significaban mis palabras, las que os dije estando aún con vosotros: “tiene que cumplirse todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí”». 45. Entonces les abrió la inteligencia para entender las Escrituras. 46. Y les dijo: «Está escrito así: el Mesías [tiene que] sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, 47. y [tiene que] predicarse en su nombre [el] arrepentimiento y perdón de [los] pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. 48. Vosotros [sois] testigos de estas cosas. 49. Y mirad, yo envío sobre vosotros la Promesa de mi Padre; vosotros quedaos quietos en la ciudad, hasta que os revistáis de fortaleza [venida] de arriba».

(Escena 4) 50. Los sacó afuera hasta cerca de Betania; y alzando sus manos los bendijo. 51. Y se dio el caso de que, mientras los bendecía, se separó de ellos y era llevado al cielo.

ACTO IV

52. Y ellos, después de adorarlo, se volvieron a Jerusalén con gran alegría, 53. y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

Juan 6

«Yo soy el pan de la vida»

ACTO I

1. Después de esto Jesús marchó a la otra orilla del mar de Galilea [de Tiberíades]. 2. Le seguía

mucha gente porque veían las «señales» que realizaba en los enfermos.

ACTO II

(Escena 1) 3. Jesús subió al monte, y allí se sentó con sus discípulos. 4. Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

(Escena 2) 5. Conque, levantando Jesús los ojos, y viendo que iba hacia él mucha gente, dice a Felipe: «¿De dónde [sacaremos para] comprar panes para que éstos coman?». 6. (Decía esto para tentarlo, pues él sabía qué iba a hacer.) 7. Felipe le respondió: «Doscientos denarios de pan no les bastan para que cada uno tome un poco». 8. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: 9. «Hay aquí un chiquillo que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero eso, ¿qué es para tantos?». 10. Jesús dijo: «Haced que los hombres se sienten». Había mucha hierba en aquel sitio; así que se sentaron los varones, en número de unos cinco mil. 11. Así que Jesús cogió los panes, rezó la acción de gracias y [los] repartió entre los comensales, y lo mismo también de los peces, todo lo que quisieron. 12. Y cuando estuvieron saciados, dijo a sus discípulos: «Recoged los pedazos sobrantes, para que no se pierda nada». 13. Conque los recogieron, y llenaron doce cestas con pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. 14. Así que los hombres, al ver aquella «señal» que había realizado, decían: «Éste es verdaderamente el profeta que va a venir al mundo». 15. Así es que Jesús, conociendo que iban a ir a llevárselo para hacer[lo] rey, se retiró de nuevo al monte él solo.

(Escena 3) 16. Cuando llegó el atardecer, bajaron sus discípulos al mar, 17. y después de subir a la barca, marchaban hacia la otra orilla del mar, hacia Cafarnaún. Ya había oscurecido, y Jesús todavía no había ido hacia ellos, 18. y la mar se iba encrespando por el viento fuerte que soplabla. 19. Conque, cuando habían avanzado unos veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús caminando sobre el mar y acercándose a la barca, y se asustaron. 20. Pero él les dijo: «Yo soy», no temáis». 21. Así, pues, querían recogerlo en la barca; y en seguida estuvo la barca junto a la costa adonde iban.

(Escena 4) 22. Al día siguiente, la gente que estaba en la otra orilla del mar vio que no había allí más que una lancha, y que Jesús no había entrado en la barca con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. 23. Llegaron otras barcas de Tiberíades cerca del sitio donde habían comido el pan después que rezó el Señor la acción de gracias. 24. Así que, cuando la gente vio que no estaban allí Jesús ni sus discípulos, subieron a las lanchas y marcharon hacia Cafarnaún en busca de Jesús.

ACTO III

(Escena 1) 25. Y al encontrarlo en la otra orilla del mar,

(Escena 2) le dijeron: «Rabí, ¿cuándo has llegado aquí?». 26. Jesús les respondió así: «De verdad os aseguro: me buscáis no porque visteis “señales”, sino porque comisteis de los panes hasta hartaros. 27. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para [producir] vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste,

el Padre, Dios, le asignó [ese poder]». 28. Conque le dijeron: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». 29. Jesús les respondió así: «La obra de Dios es ésta: que creáis en el que envió él». 30. Le dijeron: «¿Entonces, ¿qué “señal” realizas tú para que veamos y te creamos? ¿Qué obra haces? 31. Nuestros padres comieron el maná en el desierto (como está escrito: *Les dio a comer pan venido del cielo*)». 32. Y Jesús les dijo: «De verdad os aseguro: no os dio Moisés el pan venido del cielo, sino mi Padre os da el pan verdadero venido del cielo, 33. pues el que baja del cielo y da vida al mundo es [el] pan de Dios».

34. Así que le dijeron: «Señor, danos siempre ese pan». 35. Jesús les dijo: «Yo soy el pan de la vida; el que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed. 36. Pero os dije: me habéis visto y no creéis. 37. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no le echaré afuera, 38. porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. 39. Y la voluntad del que me envió es ésta: que no pierda [nada] de todo lo que me dio, sino que lo resucite el último día. 40. Pues la voluntad de mi Padre es ésta: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucite el último día». 41. De ahí que los judíos murmuraban de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que bajó del cielo»;

(Escena 3) 42. y decían: «¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? ¿Cómo dice ahora: “He bajado del cielo”?». 43. Jesús les respondió así: «No murmuréis entre vosotros. 44. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre, que me envió; y yo le resucitaré el último día. 45. Está escrito en los profetas: *Y todos serán alumnos de Dios*. Todo el que escucha [la ense-

ñanza] del Padre y aprende, viene a mí. 46. No [digo] que al Padre lo haya visto alguien, a no ser el que viene de parte de Dios: ése ha visto al Padre. 47. De verdad os aseguro: el que cree, tiene vida eterna. 48. Yo soy el pan de la vida. 49. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; 50. éste es el pan que baja del cielo, de forma que el que coma de él no muera. 51. Yo soy el pan vivo, que bajó del cielo; si alguno come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne, por la vida del mundo». 52. De ahí que los judíos discutían entre ellos diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?».

53. Y Jesús les dijo: «De verdad os aseguro: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54. El que mastica mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día; 55. pues mi cuerpo es un verdadero alimento, y mi sangre es una verdadera bebida. 56. El que mastica mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. 57. Como me envió el Padre que vive, y yo vivo gracias al Padre, así el que me mastica a mí, también él vivirá gracias a mí. 58. Éste es el pan que bajó del cielo; no como [el que] comieron los padres y murieron; el que mastica este pan vivirá eternamente». 59. Dijo esto en Cafarnaún, enseñando en [la] sinagoga.

(Escena 4) 60. En consecuencia, muchos oyentes, de entre sus discípulos, dijeron: «Esta doctrina es inadmisibile. ¿Quién puede aceptarla?». 61. Conociendo Jesús interiormente que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza? 62. Entonces, ¿si viérais al Hijo del hombre subir adonde estaba primero? 63. El Espíritu es el que hace vivir, la carne no aprovecha nada. Las palabras

que yo os he dicho son Espíritu y son vida. 64. Pero hay algunos de vosotros que no creen». (Pues Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién era el que lo iba a entregar.) 65. Y dijo: «Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no se lo ha concedido el Padre».

ACTO IV

66. De ahí que, desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás y no andaban ya con él. 67. Así que Jesús dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». 68. Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tienes palabras de vida eterna, 69. y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». 70. Jesús les respondió: «¿No os elegí yo a los Doce, y uno de vosotros es diablo?» 71. (hablaba de Judas, [el] de Simón Iscariote, pues éste iba a entregarlo, aun siendo uno de los Doce.)

Mateo 1-2

Jesús hijo de Israel

ACTO I

1,1. Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.

2. Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.

3. Judá engendró a Farés y a Zará de *Tamar*; Farés engendró a Esrom, Esrom engendró a Aram;

4. Aram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón;

ACTO II

5. Salmón engendró a Booz, de *Rahab*; Booz engendró a Obed, de *Rut*; Obed engendró a Jesé;

6. Jesé engendró a David, el rey. David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías.

7. Salomón engendró a Roboán, Roboán engendró a Abías, Abías engendró a Asá;

8. Asá engendró a Josafat, Josafat engendró a Joram, Jorám engendró a Ozías;

9. Ozías, engendró a Joatam, Joatam engendró a Acaz, Acaz engendró a Ezequías;

10. Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amón, Amón engendró a Josías;

11. Josías engendró a Joaquín, Joaquín engendró a Jeconías y sus hermanos cuando la deportación a Babilonia.

12. Y después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel;

13. Zorobabel engendró a Abiud, Abiud engendró a Eliacín, Eliacín engendró a Azor;

14. Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim, Aquim engendró a Eliud;

15. Eliud engendró a Eleazar, Eleazar engendró a Matán, Matán engendró a Jacob;

16. Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo.

17. Así que todas las generaciones desde Abrahán hasta David, [son] catorce generaciones; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.

(*Escena 1*) 18. El origen de Jesucristo fue así: desposada su madre María con José, antes de que convivieran, resultó que había concebido, [por obra] del Espíritu Santo.

(*Escena 2*) 19. José, su esposo, como era justo y no quería denunciarla, pensó repudiarla en secreto.

(*Escena 3*) 20. Cuando andaba él dando vueltas a esto, de pronto se le apareció en sueños un ángel del Señor, diciéndole: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, pues lo engendrado en ella es [por obra] del Espíritu Santo. 21. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados. 22. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el profeta: 23. *Mira, la doncella concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel*, (que, traducido, significa «*Dios con nosotros*»). 24. Después que José despertó del sueño hizo como le había ordenado el ángel del Señor, y recibió a su mujer; 25. y no se unió a ella antes que diera a luz un hijo;

(*Escena 4*) y le puso por nombre Jesús.

ACTO III

(*Escena 1*) 2,1. Después de nacer Jesús en Belén de Judea en tiempo del rey Herodes,

(*Escena 2*) llegaron a Jerusalén desde el Oriente unos magos, 2. diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que nació? Pues vimos su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarlo». 3. Al oírlo, el rey Herodes se alarmó y todo Jerusalén con él. 4. Y des-

pués de convocar a todos los jefes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. 5. Ellos le dijeron: «En Belén de Judea, pues así está escrito por el profeta: 6. *“Y tú Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre las principales [ciudades] de Judá; pues de ti saldrá un jefe que pastoreará a mi pueblo Israel”*». 7. Entonces Herodes, después de llamar en secreto a los magos, se informó exactamente de ellos sobre el tiempo en que empezó a verse la estrella; 8. y, enviándolos a Belén, dijo: «Id a informaros exactamente sobre el niño; y cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo».

9. Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino; y de pronto la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos hasta que, al llegar, se detuvo encima de donde estaba el niño. 10. Cuando vieron la estrella sintieron una alegría enorme. 11. Y al entrar en la casa vieron al niño con María, su madre; y postrándose lo adoraron; y abriendo sus cofres le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. 12. Y advertidos por Dios, en sueños, que no volviesen a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.

(Escena 3) 13. Cuando ya se habían marchado, de pronto un ángel del Señor se apareció en sueños a José, diciéndole: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; y quédate allí hasta que te diga, pues Herodes va a buscar al niño para matarlo». 14. Él, levantándose, tomó al niño y a su madre, de noche, y marchó a Egipto; 15. y se quedó allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el profeta: *De Egipto llamé a mi hijo*.

(Escena 4) 16. Entonces Herodes, al verse bur-

lado por los magos, se enfureció mucho, y envió [gente] para matar a todos los niños de Belén y de todo su término, menores de dos años (según el tiempo [que dedujo] por los informes exactos de los magos). 17. Entonces se cumplió lo que dijo el profeta Jeremías: 18. *«Una voz se oyó en Ramá, un llanto y un gran lamento: Raquel llorando a sus hijos. ¡Y no quería consolarse, porque ya no existen!»*.

ACTO IV

19. Cuando murió Herodes, un ángel del Señor se apareció de pronto en sueños a José en Egipto, 20. diciéndole: «Levántate, toma al niño y a su madre y vete al territorio de Israel, pues han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño. 21. Él, levantándose, tomó al niño y a su madre y entró en [el] territorio de Israel. 22. Pero como oyó que en Judea reinaba Arquelao en vez de su padre Herodes, temió ir allá; pero, advertido por Dios en sueños, marchó al distrito de Galilea, 23. y cuando llegó se estableció en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: *Se llamará Nazareno*.

Marcos 1,1-15 «Comienzo
de la Buena Nueva de Jesucristo»

ACTO I

1,1. Comienzo del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios.

2. Tal como está escrito en el profeta Isaías: *«Mira, envió mi mensajero delante de ti que preparará tu camino»*.

3. «Voz de uno que grita en el desierto: ¡Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas!».

4. Se presentó Juan el Bautista en el desierto y predicando un bautismo de arrepentimiento para perdón de [los] pecados.

5. Y toda la región de Judea y todos los de Jerusalén salían hacia él, y, confesando sus pecados, se hacían bautizar por él en el río Jordán.

6. Juan iba vestido con pelos de camello, y un cinto de cuero alrededor de la cintura; y comía langostas y miel del campo.

7. Y predicaba, diciendo: «Viene detrás de mí el que es más fuerte que yo, ante el que no soy digno de agacharme a desatar la correa de su calzado.

8. Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

ACTO II

9. Y se dio el caso de que, en aquellos días, llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.

10. Y en seguida, al subir del agua, vio rasgados los cielos, y al Espíritu, que descendía hacia él como una paloma;

11. y sonó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo querido, en ti me agradé».

ACTO III

12. Y en seguida el Espíritu lo empujó hacia el desierto.

13. Y estaba en el desierto cuarenta días, tentado por el Adversario; y estaba entre las fieras, y los ángeles lo asistían.

ACTO IV

14. Y Después que Juan fue entregado, Jesús fue a Galilea, predicando el Evangelio de Dios,

15. y diciendo: «Se ha cumplido el tiempo, y ha llegado el reino de Dios. Arrepentíos y creed al Evangelio».

2 – GUÍA DE LECTURA

LAS SIETE REGLAS

La presentación de los relatos en cuatro actos se remonta a Aristóteles (siglo IV a.C.). En su *Poética*, explica que todo relato está compuesto por cuatro partes: el comienzo, el medio, con el nudo y después con el desenlace (las dos partes esenciales), y el final. Los relatos evangélicos no escapan a esta construcción. ¿Cómo determinar estas diferentes partes? Para un estudio detallado de las reglas de construcción de un relato, nos remitimos al Cuaderno bíblico nº 93: *Relatos del Evangelio*. Aquí hemos resumido este método de lectura. Hay que aplicar siete reglas, en el orden indicado, para descubrir la estructura que tienen los relatos evangélicos.

1. El comienzo y el final del relato

Un primer vistazo: ¿cómo se abre el relato? ¿cómo termina? La mirada se dirige hacia los primeros y los últimos versículos del texto para fijarse que las palabras del final no son las del principio y que, si es así, algo ocurre entre ambos extremos. ¡Evidente! Pero descubrir que el punto de llegada es diferente del punto de partida hace suponer que se ha debido de pasar por algunas peripecias para llegar ahí, y que el autor nos ha llevado a realizar un desplazamiento. La construcción del texto permitirá localizar los caminos por los que hemos pasado.

2. Los verbos de movimiento

Los verbos de movimiento son los que determinan la dinámica del relato y hacen que progrese la historia. Es prioritario señalar, pero sólo en las proposiciones *principales*, los verbos y grupos verbales que expresan una acción, ya sea en pretérito indefinido («vino»), en participio («venido») o en presente de indicativo («viene»). Un procedimiento sencillo es visualizar estos verbos señalándolos con un mismo color.

3. Los datos de lugar y de tiempo

Las indicaciones –primero de lugar, después de tiempo–, como siempre únicamente en las proposiciones principales, son el tercer elemento a tener en cuenta para la construcción del texto. En el teatro, un cambio de lugar entraña cambio de decorado y, por tanto, cambio de acto. Las precisiones de tiempo permiten descubrir las etapas sucesivas del relato. De nuevo, lo más sencillo es subrayar los términos de lugar y de tiempo con otros dos colores.

4. Las oposiciones

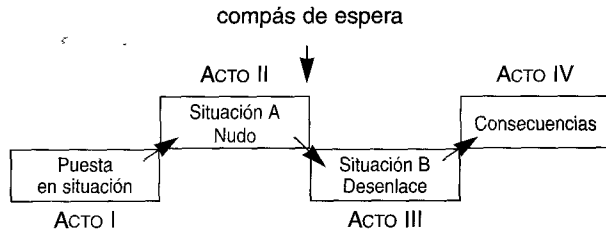
Si es cierto que, en un relato, del nudo, como situación inicial, se pasa al desenlace, significa que hay un paso de una situación primera a una situación inversa. Las palabras no son las mismas en una que en la otra. Se oponen y traducen el reverso de la situación: paso de la enfermedad a la curación, de la

separación al acercamiento, del rechazo a la adhesión, de la ausencia a la presencia. Señalar estas oposiciones revela cómo el relato bascula de una situación bloqueada a un desenlace feliz.

¡Pero atención! Las oposiciones de palabras pueden ser numerosas. Es útil hacer una clasificación a fin de detectar la oposición mayor alrededor de la cual la acción se plantea y después se resuelve. ¡Una oposición puede ocultar otra! La oposición más aparente no es necesariamente la apropiada.

5. Compás de espera

El señalamiento de los verbos de acción, de los datos de lugar y tiempo y de las oposiciones conduce a una primera hipótesis de construcción. El relato se muestra como compuesto de dos partes: una situación A, donde se plantea el nudo, contradicha por una situación B, en la que se produce el desenlace. El compás de espera se sitúa entre las dos: estamos en pleno suspense. Como en una novela o una película policiaca, nos preguntamos: ¿cómo se va a desarrollar la historia? En este estadio de la investigación, la construcción se visualiza así:



6. El héroe

En toda historia, el héroe es el personaje principal que saca la acción del compás de espera para

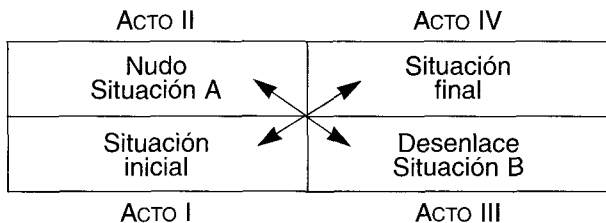
conducirla a su desenlace. Es aquel con cuya venida se va a arreglar todo, el salvador, el liberador de las situaciones peligrosas o desesperadas. El héroe libra el combate contra la enfermedad, la muerte, los espíritus malvados. Jesús es quien afronta estas situaciones y es el héroe de los relatos evangélicos.

Una precisión. Es en el tercer acto, acto del desenlace, cuando el héroe libra el combate para salvar a la persona en dificultad o cambiar una situación dramática. Pero es necesario, como condición previa, que muestre sus capacidades y sus competencias. En el segundo acto, acto del nudo, es cuando el héroe muestra que está «cualificado» para la misión que va a venir. Su cualificación se basa en su saber, su poder hacer y su querer hacer. En resumen, el héroe puede estar ausente del primer acto. En el segundo acto es cualificado por los otros o se muestra él mismo cualificado. En el cuarto acto, presente o ausente, es reconocido: aplaudido por unos, denigrado a veces por otros.

7. Los encuentros y las separaciones

El héroe no está solo en la escena. Otros actores evolucionan a su alrededor, bien sea como compañeros o «adyuvantes» o como adversarios u «opponentes». Las relaciones se crean o se deshacen. Dos personajes que se encuentran se llaman «conjuntos»: la conjunción se indica por el signo \wedge . Dos personajes que se separan se llaman «dis-juntos»: la disyunción se indica por el signo \vee . Como en el teatro, la entrada o la salida de un personaje abre una escena nueva. El señalamiento de los encuentros y las separaciones es el criterio último para establecer la construcción del texto.

Este conjunto de siete elementos permite la construcción del relato en cuatro actos según el siguiente cuadro:

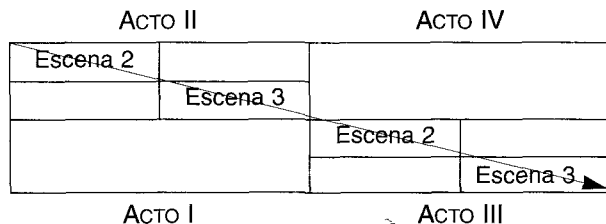


Este cuadro muestra las oposiciones entre el acto I (entrada) y el acto IV (salida), entre el acto II (nudo) y el acto III (desenlace).

Dentro de un acto, si éste es largo, se puede hacer lo mismo desglosándolo en cuatro escenas y, dentro de una escena, un nuevo desglose en cuatro secuencias, según el principio de ajuste de las muñecas rusas. En este ajuste, la secuencia más pequeña de un texto se inscribe en la dinámica de conjunto del relato: ella sola constituye un minirrelato.

8. Un instrumento de verificación: el eje portador de sentido

Un día, sin que los autores de este *Cuaderno* sospecharan de su existencia, se les hizo evidente este eje inscrito en el texto. Eje en el que están los datos-clave que componen la trama del relato y que recoge los elementos constitutivos de la narración e indicadores del sentido. El eje se inscribe en los dos actos centrales, según el siguiente esquema.



Lo esencial del relato se inscribe en los actos II y III. Si los elementos y las palabras claves del texto se disponen en la diagonal, es que la construcción resulta acertada. Entonces el sentido brota de la lectura de este eje que lo lleva.

LOS CAPÍTULO Y VERSÍCULOS DE LA BIBLIA

La división actual de los textos bíblicos en **capítulos** se remonta hacia el 1200: se atribuye a Etienne LANGTON, que enseñaba teología en París antes de convertirse en obispo de Canterbury en 1206. Este sistema prescinde de las antiguas divisiones de la Biblia hebrea y reemplaza diversos sistemas anteriores de división de libros en secciones. Su empleo por las primeras concordancias aseguró y confirmó su éxito. Aquéllas dividían mentalmente cada capítulo en aproximadamente siete partes, designadas por las letras de la A a la G, lo que resultaba bastante confuso.

La división de los textos del *Antiguo Testamento* en **versículos** es obra de escribas judíos, los masoretas (del s. VI al X). Para el *Nuevo Testamento* —y para los libros deuterocanónicos del AT—, el desglose actual en versículos se debe a Robert ESTIENNE (París, 1551-1553). No sólo hace de cada párrafo o punto y aparte un versículo, sino que los numera; para el Antiguo Testamento sigue la distribución de los masoretas. En adelante, todas las ediciones de la Biblia utilizarán este sistema, con preferencia a otros ensayos anteriores. Los judíos adoptaron la numeración de versículos en las Biblias hebreas y en las concordancias hacia el 1440.

APLICACIÓN

Marcos 2,1-12 «Jesús se encuentra con un paralítico»

1. Y cuando [Jesús] volvió a entrar en Cafarnaún después de unos días, corrió la voz de que estaba en casa.

2. Y se reunieron muchos, hasta el punto de que ya no había sitio ni junto a la puerta; y les exponía la Palabra.

3. Y allá van, llevándole un paralítico, transportado entre cuatro.

4. Pero no pudiendo presentárselo, a causa de la gente, levantaron la techumbre [encima de] donde estaba [Jesús], y abriendo un boquete descolgaron el camastro donde estaba tendido el paralítico.

5. Al ver Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados».

6. Estaban allí sentados algunos de los escribas, pensando para sus adentros:

7. «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino únicamente Dios?».

8. Y enseguida, conociendo Jesús interiormente que pensaban así en su interior, les dice: «¿Por qué pensáis eso en vuestro interior?»

9. ¿Qué es más fácil, decir al paralítico “tus pecados quedan perdonados” o decir “levántate, coge a cuestas tu camastro y anda”?

10. Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra (dice al paralítico)

11. te [lo] digo: ¡Levántate!, coge a cuestas tu camastro y vete a tu casa».

12. Y se levantó, y en seguida, cogiendo a cuestas el camastro, salió en presencia de todos, de suerte que quedaron todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: «Jamás vimos cosa igual».

Lectura

Al comienzo del relato, el lector sabe que Jesús está en una casa de Cafarnaún. Al final, alguien, cogiendo a cuestas un camastro, sale de la casa ante gente estupefacta que da gloria a Dios. ¿Qué ha ocurrido de extraordinario?

En el texto hemos subrayado los verbos de acción. Dos indicaciones de lugar: Cafarnaún y una casa. Tres indicaciones de tiempo: «después de unos días» y dos veces el adverbio «en seguida»; la primera destaca una demora, las otras dos una inmediatez.

La *oposición* mayor se centra sobre el poder de Jesús de perdonar los pecados. Contestado y negado por los escribas («blasfema»), este poder es afirmado por Jesús («el Hijo del hombre tiene autoridad») y después manifestado cuando se levanta el paralítico.

ACTO II. Después de la llegada de Jesús, unos hombres ponen al paralítico ante él. ¿En espera de un gesto de curación? Quizá. Pero Jesús responde con unas palabras inesperadas: «Tus pecados quedan perdonados». La forma pasiva del verbo no tiene equívoco: la expresión sobrentiende que el sujeto del verbo «perdonar» es Dios mismo, al que, por respeto, los judíos no nombran. Los escribas no se engañan: «¿Por qué habla éste así?»; habla con una autoridad y se atribuye un poder que no le pertenecen. «¡Blasfema!». Compás de espera.

ACTO III. La réplica de Jesús es inmediata. «Enseguida» afirma su poder de perdonar y lo significa con unas palabras que dirige al paralítico acosado. Palabras que evocan la resurrección; el verbo «levantarse» (*egeirein*) es uno de los dos verbos utilizados en el Nuevo Testamento para hablar de la resurrección de Jesús. Palabras que evocan también la creación: la frase «te [lo] digo: ¡Levántate! [...] Y se levantó», se hace eco del relato del Génesis: «Dijo

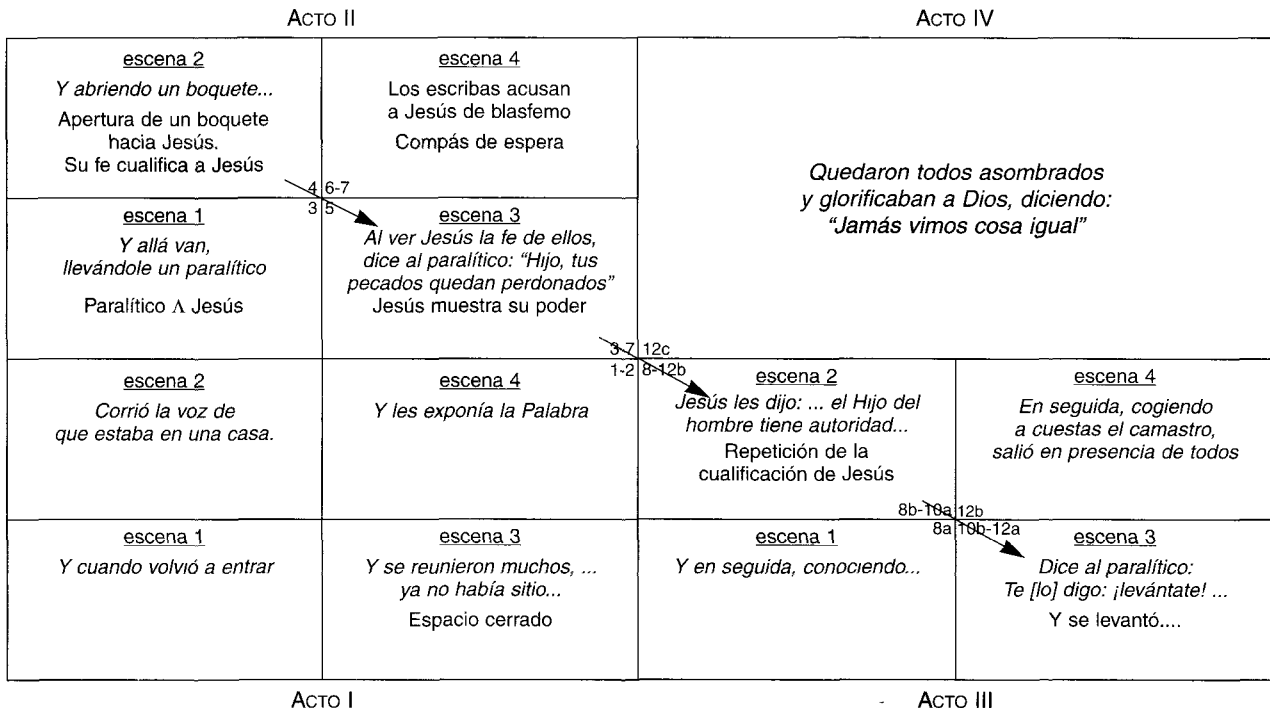
Dios: «¡Qué se haga la luz!» Y la luz se hizo». Palabras imperativas, palabras efectivas, es decir, que hacen lo que dicen. Palabras-acto: en el texto, el verbo «dice» (v. 10) está subrayado porque está considerado como un verbo de acción (las palabras, aquí, son una orden).

Las dos expresiones de Jesús «Tus pecados quedan perdonados» y «¡Levántate!» no están en oposición, sino en conjunción. Son inseparables. La curación del cuerpo es signo de la curación del corazón, una y otra son portadoras de la Buena Nueva. El paralítico está así doblemente reconciliado: con Dios por el perdón de los pecados, consigo mismo por su cuerpo puesto en pie. Tal es el signo de la

nueva alianza anunciada por el libro de Isaías y realizada en Jesús: «El Señor me ha enviado [para] vendar a los de corazón quebrantado, [para] proclamar la liberación de los cautivos» (Is 61,1).

En el texto, la orden de Jesús «te [lo] digo: ¡Levántate!» se hace eco de la frase «Y les exponía la Palabra». A lo largo de este relato, el decir de Jesús (el verbo «decir» se emplea ocho veces) se muestra como Palabra de Dios, y este decir es fuente de salvación y de curación.

ACTO IV. Todos permanecen «estupefactos» (en griego, literalmente «des-estabilizados»). Y el rumor del comienzo, «corrió la voz», se transforma en una mirada asombrada. Una buena nueva ha ocurrido.



Textos que resisten

A menudo, cuando se dan los primeros pasos por la Biblia, el texto no se ve más que como simple ocasión. Hablamos acerca del texto en lugar de hablar del propio texto; contamos a propósito del texto; apenas lo hemos escuchado cuando lo olvidamos y volvemos a nuestros propios problemas. No hemos salido de nosotros mismos.

Leer es un acto importante que supone una ascesis. Se trata de olvidar un instante las propias certidumbres para encontrar la acogida necesaria y escuchar. Los lectores descubrimos que el texto existe por sí mismo, que no es nuestro, que no piensa siempre como nosotros, que *dice cosas que no comprendemos y que a veces nos molesta*. Leer es una empresa de escucha y de acogida. Es uno de los primeros frutos de la lectura bíblica: aprendemos a escuchar una palabra que viene de otra parte, aprendemos a desposeernos.

Leer el texto es descubrir que no puedo asimilarlo en unos pocos segundos y después pasar

a otras cosas sin preocuparme ya más de él. El texto se me resiste. Si lo he leído con atención, vuelve a verme, me plantea preguntas. Descubro en él cosas que comprendo, otras que me parecen extrañas. Así, por ejemplo, la frase pronunciada por Jesús: «Pues al que tiene se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará» (Mc 4,25), o el curioso relato en que Jesús ordena a los cerdos que se arrojen al mar (Mc 5,1-20). Al abrir el evangelio creía trabajar el texto; ahora descubro, de hecho, que es él el que me trabaja y me hace preguntas.

Esta resistencia del texto es de una gran importancia. Me obliga a pararme y a interrogarme; me cuestiona, me hace tener la experiencia del otro.

Pierre-Marie BEAUDE (en *Dei Verbum*, Bulletin de la Fédération Biblique Catholique [1987] n. 3, pp. 4-6).

Los discípulos saben que sólo el Señor ha caminado «sobre las alturas de la mar» (Job 9,8), este mar que es, en la tradición bíblica, símbolo de la muerte. Perciben una presencia divina y sienten un temor sagrado. Al momento, las palabras de Jesús «Yo soy» les llevan a reconocer en él al «maestro» de su vida cotidiana. El que camina sobre las aguas es Jesús de Nazaret.

Quieren «agarrarle», pero, curiosamente, según las palabras del salmista, «el Señor los llevó al puerto que anhelaban» (Sal 107,30). Todavía Jesús dirige la representación. Distancia y tiempo son abolidos para quien camina sobre las aguas, es decir, para el que es vencedor de la muerte. El relato del caminar sobre las aguas no tiene sentido más que en la esperanza de Jesús resucitado.

LAS TENTACIONES DE JESÚS

Los relatos de las «tentaciones» según Mateo (4,1-11) y Lucas (4,1-13) muestran un Jesús que, ante los tres gestos de poder sugeridos por el diablo, opone inmediatamente un triple rechazo apelando a las palabras de la Escritura. Por el contrario, este capítulo 6 del cuarto evangelio presenta un Jesús que administra en el tiempo los deseos de omnipotencia inherentes al ser humano. En un primer momento, tiene en cuenta la falta de alimento: dirige la organización de la multitud (poder político), toma los panes y los distribuye a los comensales (poder económico), después, ante sus discípulos, camina sobre las aguas (poder sagrado, paralelo de la tentación «¡arrojate del Templo!»). En un segundo momento es cuando, para cumplir «la obra de Dios» y «hacer la voluntad del que me ha enviado» (vv. 29 y 38), Jesús se retira a la montaña, lejos de la muchedumbre que le quiere hacer rey.

Escena 4 (vv. 22-24). En este momento del relato, Jesús es cualificado para afrontar el combate del acto III. El que ha hecho el gesto del don y que es vencedor de la muerte, ése está en condiciones de decirse Pan de vida. Pero, ¿sólo es el mar de Galilea lo que hay que atravesar para escuchar a Jesús?

Una Palabra que es vida (acto III)

Escena 1 (v. 25a). En este acto, el sustantivo «vida» se emplea diez veces, y el verbo «vivir» seis (vv. 51-58). Para escuchar la Palabra de vida, todo el mundo –Jesús, los discípulos, la multitud– tiene que pasar a la otra orilla del mar para escuchar una palabra distinta; lo que recuerda Dt 30,11-14: «Pues el precepto que yo te prescribo hoy no es superior a tus fuerzas ni está fuera de tu alcance... Tampoco está más allá del mar para que digas: ¿quién pasará al otro lado de los mares a buscarlo para que nos lo dé a conocer y lo pongamos en práctica?». Desde que entra en escena, esta palabra se especifica: hay que ver «signos» más allá de los panes que sacian. La revelación del «signo», dentro de un juego de preguntas y respuestas entre Jesús y sus interlocutores, se lleva a cabo en tres tiempos.

Escena 2 (vv. 25b-41). En un primer tiempo (vv. 26-33), Jesús se prepara. Ante el «alimento que perece», Jesús, nuevo Moisés, anuncia un alimento distinto: descendiendo del cielo, viene del Padre y da la «vida eterna». Esta expresión (empleada seis veces) abre y cierra el discurso de Jesús (vv. 27.58). El versículo 33 resume esta secuencia: «el pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo».

En un segundo tiempo (vv. 34-40), ante la petición de sus interlocutores: «Danos siempre de ese pan» (cf. «Dame de esa agua» [Jn 4,15]), Jesús revela su identidad: «YO SOY el pan de la vida... YO [SOY el que] he bajado del cielo...» (vv. 35.38). Él es «el que ha enviado el Padre» (vv. 38-39). Ante esta revelación, reforzada por la mención de la resurrección («YO le resucitaré ...» vv. 39-40), los judíos, al

igual que sus antepasados en el desierto (Éx 16,2-8; Nm 16,1-15), murmuran contra el que, sin embargo, desde el principio es calificado como «Rabbi». Primer compás de espera.

Escena 3 (vv. 42-59). Las murmuraciones y las disputas de los judíos abren y concluyen el discurso

LAS SECUENCIAS DEL DISCURSO (Jn 6)

En los versículos 26-58, la conversación de Jesús con los judíos es tradicionalmente llamada «Discurso sobre el pan de vida». Como el relato, todo discurso comporta una dinámica, pues el orador desea llevar a sus oyentes a que comprendan y reciban su mensaje mediante una serie de argumentos convincentes. Éstos son los elementos que hay que tener en cuenta para construir las secuencias de este discurso.

– Las puntuaciones del relato: «Jesús les respondió y dijo» (vv. 26.29.43), «Jesús les dijo» (vv. 32.53), «Ellos le dijeron» (vv. 28.30.54).

– Las reacciones de los oyentes: «los judíos murmuraban» (v. 41), «los judíos discutían entre ellos» (v. 52).

– Las fórmulas repetidas: «De verdad os aseguro» (vv. 26.32.47.53), «Yo soy» (vv. 35.41.48.51).

– La aparición en el discurso de términos nuevos: vida eterna (v. 27), el Hijo del hombre (v. 27), el Padre (v. 27), el maná (v. 31), el pan del cielo (v. 32), el pan de la vida (v. 35), resucitar (v. 39), mi carne (v. 51), masticar (v. 54).

– Finalmente, en este discurso hay que hacer notar, en los versículos 35-58, el número de pronombres personales y de adjetivos posesivos de la primera persona del singular. En el texto se llegan a contar 44 pronombres personales (19 «mí», 18 «yo», 7 «me») y 9 adjetivos posesivos («mi»). Esta frecuencia prolonga y desarrolla las palabras iniciales de Jesús caminando sobre las aguas: «¡Yo soy!» (*ego eimi*). Situadas en el núcleo (escena 3) del acto II, estas palabras iniciales cualifican al héroe que se va a atrever a mantener un discurso insostenible.

de Jesús. Este discurso es una repetición de la conversación precedente con recuperación de los temas de la vida eterna, de la resurrección y del envío de Jesús por el Padre (nombrado cinco veces). A los que no quieren ver en él más que al hijo de José, Jesús responde: «YO SOY el pan de la vida» (v. 48), expresión desarrollada en «YO SOY el pan vivo, que ha bajado del cielo», antes de que surja la audaz revelación: «El pan que YO os daré es MI CARNE por la vida del mundo» v. 51). Segundo compás de espera.

En un tercer tiempo (vv. 52b-58), ante la contestación de los judíos («¿Cómo...»), Jesús afirma: «Mi carne es un verdadero alimento y mi sangre es una verdadera bebida», para concluir: «El que mastica este pan, vivirá eternamente». Esta secuencia constituye el núcleo del capítulo 6.

El verbo «comer» (empleado ocho veces) evoca la idea de alimento. El verbo «masticar» (empleado cuatro veces) pone el acento en la función de asimilación. El sustantivo «carne» designa todo ser creado: «Toda carne verá la salvación de Dios... toda carne es como la hierba» (Is 40,5-6) y «el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14). El mismo sentido para la «la carne y la sangre», otra expresión bíblica (Eclo 14,18; Mt 16,17; Jn 1,13; Gál 1,16, etc).

Escena 4 (vv. 60-65). Un apalabra tan «dura» no puede suscitar más que vivas reacciones. Ahora, alrededor de los discípulos «se murmura». Pero Jesús insiste: «Las palabras que YO os he dicho son espíritu y vida». El perfecto del verbo griego significa que estas palabras son definitivas. Semejante exigencia opera una separación: unos se adhieren, otros se marchan. Según se acoja o se rechace el don del Padre.

Sigamos las flechas del eje portador

En el acto II, el don de los panes, acto simbólico, abre solemnemente el relato y cualifica a Jesús con el poder dado a los hombres de Dios: Moisés oró por el maná, Eliseo multiplicó los panes. A continuación, en el núcleo del acto que cualifica (acto II, escena 3),

se sitúa el caminar sobre las aguas, episodio bajo el signo de la resurrección, ya que, en el mundo de los símbolos, caminar sobre las aguas significa dominar la muerte.

El análisis da cuenta de la sorprendente construcción del capítulo 6. El evangelista sabe, por la fe y la experiencia espiritual de su comunidad, que el discurso del pan de vida no puede ser mantenido —y recibido— más que a la luz de la resurrección. La práctica de la Iglesia ha sido siempre la de reservar la enseñanza eucarística a los catecúmenos avanzados en la fe. El discurso sobre el pan de vida no puede ser situado más que después de la experiencia que tienen los discípulos del triunfo de Jesús sobre las aguas de la muerte.

En el acto III, escena 2 (vv. 43-52a), la repetición de la cualificación nos hace penetrar mejor en la fe del autor: sólo el que ha visto al Padre y contemplado el amor que da vida puede decir que el don de su carne, es decir, su ser, es alimento para la vida del mundo y entregarse totalmente al requerimiento del amor. ¿Quién puede ofrecerse como pan de vida sino el que vive del Padre? Ahí es donde se termina el recorrido por el núcleo del acto II (vv. 52b-58). Esta vida del Padre y por el Padre, este amor que vive en él, hace de su vida entregada un triunfo sobre las fuerzas destructoras y sobre la muerte. Comer su carne y beber su sangre significa comulgar con su ser, con la vida entregada, con el amor perfecto que es su esencia. Sólo el que vive del Padre puede hacer que nosotros vivamos del amor.

Tú tienes palabras de vida eterna (acto IV)

El discurso de Jesús ha hecho dar media vuelta a muchos discípulos. Quedan los Doce. Primera mención de este nombre en el relato joánico (6,67.70.71; 20,24). Jesús toma la iniciativa: «¿Y vosotros...?» Contrariamente a las murmuraciones precedentes (vv. 41.61), Pedro toma la palabra en nombre de todos (diciendo «Nosotros»). Doble palabra

de reconocimiento de Jesús: la primera rechaza la hipótesis de una separación de él (eco de la ausencia de Jesús en la barca); la segunda es una adhesión de fe presentada como adquirida y definitiva: «Nosotros creemos y sabemos...» (verbo griego en perfecto). «¿A quién vamos a ir...?», replica Pedro a Jesús. Sin duda, Pedro no comprende todo lo que Jesús ha dicho sobre el pan de vida, ni todo lo que le une a Jesús. Pero su respuesta significa que Jesús es, para él, aquel sin el cual la vida ya no tendría sentido: ni significado ni orientación.

La profesión de fe de Pedro es original. Anteriormente, Jesús es calificado de «Rabbi»; después, identificado por los judíos como «el hijo de José». Por su parte, Jesús se designa sucesivamente como enviado de Dios, pan de vida, Hijo del Padre e Hijo del hombre. Pedro no recurre a ninguno de estos apelativos ni a ninguno de los títulos tradicionales que corresponden a la esperanza judía (Mesías, Hijo de Dios, rey de Israel), sino que dice a Jesús: «Tú eres el Santo de Dios», título empleado únicamente en los escritos joánicos.

Junto a la adhesión de fe, al final del relato joánico aparece la segunda mención de la pasión (después de 5,18). La palabra de fe es contrarrestada con el anuncio de la traición, y además por uno de los Doce elegidos por Jesús. La Palabra de Dios provoca un cisma: atrae a unos y aleja a otros. En el momento en que se escribe este texto, a finales del siglo I, hace ya mucho tiempo que se ha pasado por la prueba.

Bibliografía

Xavier LÉON-DUFOUR, «El pan de vida», en *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento* (Madrid, Cristiandad, 1983) pp. 316-339.

Xavier LÉON-DUFOUR, 'El misterio del pan de vida (6,1-71)', en *Lectura del evangelio de Juan. II. 5-12* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 69; Salamanca, Sígueme, 1992) pp. 71-157.

La palabra del creyente

«Por una extraña paradoja, el cristianismo (y la teología más aún) parece haberse convertido en una religión del libro, comentario institucional de una tradición escrita y de ritos transmitidos, “Vuestros padres os han dicho”: nuestra enseñanza es a menudo de este tipo. Y encarecidamente: “Y he aquí lo que han hecho vuestros padres”. Sin embargo, se oye dar testimonio de aquel que se oponía a este tipo de planteamientos: “Vuestros padres os han dicho... Pero yo os digo...”.

Esta palabra, como una espada, provoca un cisma, prepara para un discernimiento. No separa contenidos, como si Jesús se contentara con añadir algo al saber de sus interlocutores o de los antiguos. Presenta una novedad fundamental: distingue dos estilos de lenguaje, dos modalidades en la comunicación. “Pero yo os digo” es una afirmación bajo la forma de una relación. Alguien se compromete personalmente, en conciencia, incluso allá donde está unido a los otros y por los otros. Es decir, como con la samaritana: “Soy yo, el que está hablando contigo” (Jn 4,25). Un acto opera, en el lenguaje común de la tradición y de lo “bien sabido”, la conmoción de un encuentro.

Una palabra irrumpe en el lenguaje. Es la libertad o la verdad de alguien que hace de este lenguaje el gesto de dirigirse a alguien y de responderle.

No decimos que este estilo esté reservado a Jesús y que nosotros tengamos de él sólo el recuerdo y la huella por un libro. En justicia, lo propio del creyente es vivir espiritualmente y hablar en nombre del que es, sin definirse por el saber de otro. Es el que ya no hace más preguntas, al contrario del que espera que otro le diga lo que debe pensar, decir o hacer. “Cuando llegue ese día, ya no tendréis necesidad de preguntarme nada” (Jn 16,23). Según el Nuevo Testamento, la palabra del cristiano es testigo de alguien que existe, y que existe respondiendo a alguien. He ahí lo que debe constituir el lenguaje de la comunidad, las relaciones de caridad, el silencio de la oración y el discurso de la teología. ¿Qué hay más fundamental?».

Michel DE CERTEAU, *L'Étranger ou l'Union dans la différence* (Desclée de Brouwer 1951) pp. 129-130.

«Jesús hijo de Israel»

Jesús hijo de Israel

Si los relatos de la infancia de Jesús según Lucas son conocidos y están presentes en la memoria de los cristianos, los del evangelio de Mateo resultan imprecisos y confusos para muchos. La tradición popular retiene tan sólo dos episodios: el sueño de José y la venida de los reyes magos al pesebre.

Un José desconocido

José apenas parece tener reconocimiento para la opinión pública. Es considerado como el ingenuo o irresponsable que ignoraría la situación de María, se preguntaría por la fidelidad de su mujer y se encontraría en la incapacidad de tomar una decisión por su parte. Esta interpretación, ya conocida desde el siglo II, fue la de muchos Padres de la Iglesia. ¿Sería con este «timo» como se inauguraría la venida del Hijo de Dios a este mundo? ¿No hay una lectura más conforme con los datos del texto? Con Eusebio, obispo de Cesarea, en Palestina (256-341), y con el monje escritor Efrén (306-374), el texto recupera sus derechos. Según estos autores, desde el principio el «justo» José conocía el misterio de María, anunciado a continuación como una evidencia por el ángel

del Señor. El suspense vuelve a ocupar el centro: ¿qué lugar se reserva a José en la obra de Dios?

En el relato de Lucas sobre la infancia de Jesús, el nombre de José se cita tres veces (1,27; 2,4.16), pero José no es sujeto único más que de un verbo: «Subió a Belén para inscribirse...» (2,4). En el relato de Mateo, por el contrario, el nombre de José se cita siete veces (1,16.18.19.20.24; 2,13.19) y José es sujeto de veinte verbos.

Historias de reyes

Se les llama «Reyes Magos». Sin embargo, en el relato de Mateo no llevan este título; es la tradición la que se lo ha atribuido a partir del Sal 72 (vv. 10-11.15). Pero unos reyes pueden ocultar a otros. De hecho, el texto evangélico pone en escena al rey Herodes (2,1-3) y «al rey de los judíos que acaba de nacer» (2,2). El relato podría titularse «el combate de los reyes»; el rey reinante no parece tener la partida ganada: después de la cita de las palabras del profeta (2,6), el título «rey» ya no se da a Herodes (2,7.13.15.16.19). ¿Acaso lo habrá destronado ya desde su nacimiento el pequeño «rey de los judíos»? Esto merece ser investigado.

ACTO II

«José, su esposo, como era justo,
(1ª cualificación de José)
pensó repudiarla en secreto»

«Y [José] le puso por nombre Jesús»

v. 19 v. 25b
v. 18 v. 20-25a

«María ... resultó que había concebido
[por obra] del Espíritu Santo»
(un niño sin padre)

«Se le apareció en sueños un
ángel del Señor». 2ª cualificación
de José. Cualificación de Jesús
"Salvador-Emmanuel"

«Y no se unió a ella antes
de que diera a luz un hijo»

17-19 21

16 20

«Cuando andaba
él dando vueltas a esto»

Combate de José:
«Hizo como le había ordenado
el ángel del Señor, y recibió
a su mujer»

1,18-25
1,1-17

ACTO I

«Abrahán engendró a Isaac
Isaac engendró a Jacob
Jacob engendró a Judá y sus hermanos
Judá...

...
Jesé engendró al rey David
David engendró a Salomón
Salomón...

...
Eleazar engendró a Matán
Matán engendró a Jacob
Jacob engendró a José, el esposo de María,
de la que nació Jesús».

«Un ángel del Señor se apareció de pronto en sueños a José...: Levántate, toma al niño y a su madre y vete al territorio de Israel»

«Se estableció en una ciudad llamada Nazaret»
Palabras de los profetas
«Se llamará Nazareno»

v. 19b-20 v. 22-23
v. 19a v. 21

«Cuando murió Herodes...»

«[José] tomó al niño y a su madre y entró en [el] territorio de Israel»

2,19-23

2,1-18

Cualificación de los magos.
Nueva cualificación de Jesús:
«Mesías... jefe... pastor»

Magos V Belén
Regreso a su tierra.

...Se enfureció

Palabras del profeta:
«Raquel llorando a sus hijos»

3-8 12

16b 17-18

1b-2 9-11

16a 16c

Magos A Jerusalén.
Pregunta: «¿Dónde está el rey de los judíos que nació?»

Adoración de los magos, última cualificación de Jesús, reconocido
«Rey de los judíos?»

Herodes, al verse burlado por los magos...

Masacre de los inocentes

v. 1b-12 v. 16-18
v. 1a v. 13-15

«Después de nacer Jesús en Belén de Judea en tiempo del rey Herodes...»

«Un ángel del Señor se apareció en sueños a José... toma al niño y a su madre y huye a Egipto»

Palabras del profeta:
«De Egipto llamé a mi hijo»

13b 59

13a 14

Cuando ya se habían marchado los magos...

«[José] tomó al niño y a su madre... y marchó a Egipto»

ACTO IV

ACTO III

LECTURA

Habiendo jugado con los diferentes datos para la construcción del texto, la cuestión que se plantea es: ¿quién es el héroe del relato? Nombrado siete veces, José podría ser un buen candidato: se le anuncia en el acto I, es actor en los otros tres actos y sujeto de 10 verbos de acción (1,19.24.25; 2,14.21.22.23). Únicamente en el acto IV es donde José no recibe ni recompensa ni reconocimiento, y desaparece del relato al final del capítulo 2.

El personaje alrededor del que se urde la acción es al que apuntan las citas de la Escritura: se trata de Jesús, denominado nueve veces como «niño». Los otros actores se sitúan en relación con él: unos (José, el ángel del Señor, los magos) para guiarlo: son los «coadyuvantes»; sólo uno para atentar contra su vida: Herodes, el «opponente». La vida y el futuro del niño constituyen la apuesta del relato. Si él no estuviera allí, no habría relato. Un signo: el nombre de Jesús abre los actos I, II y III. Algunos episodios de los relatos de la pasión muestran de la misma forma a un Jesús silencioso y no dueño de sus movimientos, entablando, sin embargo, libremente su combate por la salvación del mundo.

Génesis de Jesucristo (acto I)

La genealogía del acto I no es simple nomenclatura de los antepasados de Jesús. En la mentalidad semítica, la genealogía es el recuerdo de la solidaridad que existe entre los descendientes de una misma familia y la evocación, a través de las desgracias y de los sufrimientos (aquí la deportación a Babilonia), de las bendiciones y las promesas concedidas por Dios a los antepasados. En Jesús, el último que ha nacido, se concentra la historia de este linaje.

Retengamos tres nombres: Abrahán, David y José. Abrahán es el antepasado del pueblo elegido y el primero de un linaje de patriarcas. David, citado

cinco veces (vv. 1.6.17), originario de Belén, instaure la monarquía en Jerusalén (cf. 2 Sam 5,6-11): un territorio, una capital, un rey; el pueblo de Israel se sedentariza. José, el esposo de María, es un descendiente de David. La larga sucesión de verbos de engendramiento se detiene en José: el último engendrado, Jesús, nace de María.

José el justo (acto II)

Escena 1 (v. 18). Se señala la ruptura de la descendencia: el hijo «engendrado» del Espíritu Santo no tiene padre humano. ¿Puede José desempeñar este papel?

Escena 2 (v. 19). De entrada, José es calificado de «justo», una palabra clave para la historia bíblica: de Noé (Gn 6,9) a Zacarías, Isabel (Lc 1,6) y Simeón (Lc 2,25). Primera cualificación.

El justo es un hombre piadoso que toma la Ley como regla de vida, considerándola como la expresión de la voluntad divina. El justo es el que teme a Yahvéh, le ama y le sirve con todo su corazón (cf. Dt 10,12-13), el hombre «que es puro de manos y de corazón limpio» (Sal 24,4-6), el que «camina con el Señor» (Noé: Gn 6,9). El ángel del Señor le visita en sueños para hacerle partícipe de una misión que el Señor le propone (Jacob: Gn 28,12-17; Abimélek: Gn 20,3-7).

Escena 3 (vv. 20-25a). El ángel del Señor otorga una segunda cualificación a José: «hijo de David». Este apelativo, a la vez título y signo de *status* social, deja entrever la misión del «justo». Previamente, el ángel le tranquiliza: «No temas recibir a María...».

Pues el drama interior del «justo» está ahí: sabiendo a María encinta del Espíritu, es esta presencia divina en ella la que le prohíbe tomarla. Ningún israelita se aproximaba a la zarza ardiendo (Éx 3,5), a la montaña del Sinaí (Éx 19,12; 19,23-24), al arca de la alianza (2 Sam 6,6-11) o al *sancta sanctorum* en el Templo (2 Cr 7,2-3), lugares que eran todos «morada» de Dios (Éx 25,8). De igual modo,

como verdadero israelita, José no se sentía digno de tomar con él a la que llevaba al Hijo de Dios.

La construcción de la frase del ángel del Señor: «Pues [gar] lo engendrado en ella lo es [por obra] del Espíritu Santo. Dará a luz [de] un hijo, y le pondrás por nombre Jesús» (1,20-21) es habitual en griego clásico. Se encuentra varias veces en el Nuevo Testamento. Por ejemplo: «Pues [gar] se invita a muchos, pero [de] se elige a pocos» (Mt 22,14). Cf. también las palabras de Jesús resucitado a María Magdalena (Jn 20,17)¹.

La petición del Señor a José implica una pesada responsabilidad, pues el niño ya engendrado por el Espíritu recibe un doble título —el nombre hebreo significa una misión— y una doble cualificación. Llamado Jesús («Dios salva», *Yesúah*, *Josué*) por el ángel y Emmanuel («Dios-con-nosotros», *Immanu-El*) por el profeta Isaías (7,14), el niño está encargado de un doble poder hacer: «salvar al pueblo de sus pecados», ser presencia de Dios entre los hombres.

LAS ESCRITURAS EN Mt 1-2

	MATEO	ESCRITURAS
Acto I		
Acto II	1,23	Is 7,14
Acto III	2,6	Miq 5,1 + 2 Sam 5,2
	2,15	Os 11,1
Acto IV	2,18	Jr 31,15
	2,23	(Is 42,6; 49,8)

Escena 4 (v. 25b). José responde como «justo» a la llamada del Señor: conforma su voluntad a la de él. Al «poner el nombre» al niño, función paterna por

excelencia en Israel, el hijo de David se convierte en el padre del hijo de Dios. Mediante su «sí», el hijo de María se convierte en su hijo y, por lo tanto, en miembro del pueblo elegido; entra en la historia humana. Misteriosamente, su misión comienza. En adelante, «ni siquiera hay bajo el cielo otro nombre, que haya sido dado a los hombres, por el que debamos salvarnos» (Hech 4,12; cf. Flp 2,9-11). ¿Cuál será el recorrido de este salvador y su camino de salvación?

El combate de los reyes (acto III)

Escenas 1 y 2 (v. 1a; 1b-12). Los magos llegan a Jerusalén como aguafiestas: al rey Herodes le anuncian el nacimiento del «rey de los judíos». Para el estudio detallado de este episodio, véase el Cuaderno bíblico nº 93 (cf. tabla de la p. 67 sobre el texto de Mt 2,1-12). El presente estudio trata sobre el lugar y el sentido de este episodio dentro de los relatos de la infancia de Jesús.

Herodes (un no judío que debe su trono al ocupante romano) se informa sobre este recién llegado. Las Escrituras confirman el nacimiento y refuerzan las cualificaciones precedentes. Se dan otros títulos a Jesús: Cristo, Jefe, pastor de Israel. Informados por Herodes sobre el lugar del nacimiento y guiados de nuevo por la estrella, los magos continúan el camino. Tres etapas en el texto: Belén... el lugar... la casa..., donde al fin se sitúan en presencia del rey. Tres gestos marcan este reconocimiento: se postran, le adoran y le ofrecen presentes reales. Esta escena constituye la última cualificación de Jesús: es reconocido como «rey de los judíos». No lo es por las autoridades oficiales de Jerusalén, sino por no judíos llegados de naciones paganas. En cuanto a los magos, prevenidos contra Herodes, vuelven a su tierra por otro camino.

Escena 3 (vv. 13-15). Los magos se marchan, pero el suspense permanece, pues los dos reyes están frente a frente. En el núcleo de este relato, ¿cuál

1. Cf. «El anuncio a José», en X. Léon-Dufour, *Estudios de evangelio. Análisis exegético de relatos y parábolas* (Madrid, Cristiandad, 1982) pp. 67-82.

será el resultado del combate? Advertido de la amenaza, José obedece el consejo del ángel: «Huye a Egipto». Puede sorprendernos encontrar en el corazón del relato de la infancia la huida a Egipto, episodio muy querido a la fe popular, aunque poco explotado por los teólogos. Hay, pues, que admitir que, a los ojos del judío Mateo, el enraizamiento de Jesús en la carne de Israel y en su historia providencial es esencial.

«De Egipto llamé a mi hijo»: esta insistencia en la identificación de Jesús con el pueblo de Israel está ligada a la concepción virginal, mencionada anteriormente (1,18). Si la comunidad de Mateo había tenido como evidente que Jesús pertenecía al pueblo de Israel según la Ley común de la carne, el evangelista no habría tenido ninguna necesidad de escribir los dos capítulos de los relatos de la infancia, que responden más a la meditación teológica que a la historia.

El relato de Mateo se inspira también en la historia de Moisés. Moisés salvado de las aguas (Éx 2,5-10) se había convertido en salvador del pueblo de Israel (Éx 14,30-31). Salvado del furor de Herodes, nuevo Faraón, Jesús será también el salvador de su pueblo. Las palabras del profeta Oseas unen los dos acontecimientos, el Éxodo de Israel y el exilio de Jesús. Mediante esta vinculación, Jesús queda inscrito en la historia del pueblo elegido.

Escena 4 (vv. 16-18). Burlado por los magos, Herodes se enfurece. Se trata de la masacre de los niños de Belén y sus alrededores (¿hecho histórico?), evocación de la masacre de los hijos de Israel por el Faraón (Éx 1,22) y de los hijos a los que ha llorado Raquel (personificando a Israel) en tiempos de Nabucodonosor (Jr 31,15). Del mismo modo que Moisés escapó de la cólera del Faraón (Éx 2,2-3), Jesús exiliado en Egipto escapa de la de Herodes. La sangre que corre en Israel prefigura la sangre de la cruz. Jesús es momentáneamente salvado de esta «masacre de inocentes», pero en la pasión las reunirá. Pilato planteará esta pregunta a los judíos: «Pues, ¿qué delito hizo?», sin obtener respuesta (Mt 27,23).

Será llamado Nazareno (acto IV)

Por tercera vez, José recibe un mensaje del ángel del Señor: el anuncio del regreso del exilio. La genealogía mostraba que Jesús se inserta en un pueblo. El final del relato muestra que Jesús vuelve a hacer el recorrido de este pueblo (éxodo, regreso del exilio, entrada en la tierra prometida) para conducirlo a su término. Hijo de David y nuevo Moisés, Jesús entra en la tierra de Israel. Los acontecimientos le conducen a la «Galilea de los gentiles», que será el lugar de su primera manifestación pública (4,13-17) y de su último encuentro con sus discípulos, cuando los envíe en misión, precisamente «a todas las naciones» (28,19-20).

El recorrido iniciático de Jesús acaba en Nazaret. Incluso aunque esta ciudad sea ignorada en el Antiguo Testamento (cf. Jn 1,46), Jesús es presentado hasta el término de este recorrido como cumpliendo las Escrituras. En espera del cumplimiento de su misión de salvador recibe un último título: Nazareno. Este término recuerda al Siervo de Yahvéh, el «separado», el «apartado» (según el verbo hebreo *nazar*). Pero este título recuerda también a Nazaret, «el guardián», pueblo insignificante que simboliza aquí la vida pobre y humilde del Siervo que es despojado por la salvación de las multitudes (Is 53,12).

Bibliografía

Xavier LÉON-DUFOUR, 'Libro de la "génesis" de Cristo Jesús'; 'El anuncio a José', en *Estudios de evangelio. Análisis exegético de relatos y parábolas* (Madrid, Cristiandad, 1982) pp. 51-65, 67-82.

Bernard SESBOÛÉ, «Los relatos de la infancia según Mateo», en *Jesucristo el único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación. II. El relato de la salvación: propuesta de soteriología narrativa* (Koinonía 27; Salamanca, Secretariado Trinitario, 1993) pp. 215-217.

La ingenuidad imposible

El filósofo y teólogo danés Sören KIERKEGAARD (1813-1855) describe el estado en que se encuentra todo lector de la Biblia:

«Como un novio que hubiera recibido una carta de su amada. Pero la carta se encuentra escrita en una lengua extranjera y el novio no la comprende de modo inmediato. Entonces se perrecha de diccionario, gramáticas, vocabularios, sigue cursos bíblicos para tratar de descifrar la carta recibida. En lo más arduo de este trabajo, viene de improviso un amigo que ha sido informado de la llegada de la misiva: “¡Hombre! ¿puedes leer la carta que has recibido de tu amada? No amigo mío, responde el novio, sudo traduciendo estas líneas con el diccionario y a veces estoy al límite de la paciencia, ¿a esto le llamas leer una carta de la novia?”. Así, ante la carta de la amada, el novio distingue dos tipos de lectura: la del diccionario y la lectura propiamente dicha: acaba su traducción, y es entonces, y sólo entonces, cuando puede leer verdaderamente las páginas de su novia.

Así —concluye Kierkegaard—, lo mismo tú ante la Biblia. Cuando te sumerges en ella como erudito, armado de diccionarios y comentarios, no se rebaja ni disminuyes la ciencia, al contrario. Sin embargo, has de saber que aún no lees verdaderamente la Palabra de Dios. Recuerda las palabras del novio: “Esto no es leer una carta de amor”. Si eres erudito, ten cuidado de no olvi-

darlo. Si no lo eres, alégrate de poder, de entrada, leer la Palabra de Dios».

Después de cien años, el universo católico ha vuelto a descubrir la Biblia. Tenemos la suerte de contar con cursos bíblicos, de reciclaje, diccionarios... ¿Basta con esto? Más allá de los diccionarios, se trata de volver a encontrar la ingenuidad del novio, ingenuidad segunda: la ingenuidad primera ya no es posible. No podemos poner entre paréntesis a todos los comentaristas que han escrito desde Moisés, Isaías, Lucas y Pablo.

La existencia misma del libro revela la ausencia de su autor. ¡El libro no habla! Más aún, con la Sagrada Escritura, nosotros entramos en relación con personas que ya han desaparecido, peor aún, únicamente con mensajeros que no se dirigen directamente a nosotros, sino a comunidades que ya tampoco están ahí. Y no sólo han desaparecido los autores, sino que su mundo también ha desaparecido. De este modo, la comprensión del texto ya no es ofrecida ni por el autor ni por la situación de la vida en la que el texto ha sido producido. Entonces ¿jamás seremos contemporáneos de Jesús, de Pablo, de Pedro? ¿Ya no seremos nunca más oyentes ingenuos? Seguramente tendremos que hacer duelo por la ingenuidad primera.

Bernard BRO, *La beauté sauvera le monde* (Paris, Cerf, 1990) pp. 259-261.

Comienzo de la Buena Nueva de Jesucristo

«Dios se oculta y el hombre no se toma siquiera el trabajo de buscarlo».

Elie Wiesel, Célébration hassidique

En relación con los cuatro relatos precedentes, el quinto texto, que constituye la apertura del evangelio de Marcos, no es un texto largo. Sin embargo, lo tomamos en consideración como reconocimiento del relato de Marcos, que «dio origen a un nuevo género de literatura cristiana. Con él nacen los evangelios» (*La Biblia* de La Casa de la Biblia, Introducción a Marcos). El origen romano del libro, después de la persecución de Nerón en el año 64, es comúnmente admitido: el evangelio habría aparecido en los años 65-70. La primera frase «Comienzo de la Buena Nueva...» es, pues, verdadera por varios conceptos.

UN AUTOR ACUCIADO

El texto de Marcos es famoso por la rudeza y la ausencia de afectación en su estilo. Éste es vivo, rápido, rudo, sin florituras. En él, los acontecimientos se precipitan, arrastrados por el adverbio «en seguida», que se repite 41 veces (de las cuales 11 sólo en el primer capítulo). La construcción de los

relatos del evangelio de Marcos se muestra así a veces ardua y difícil. Una sola frase puede incluir varias acciones que se siguen y se atropellan.

Lo que ocurre es que Marcos es un autor acuciado, empujado por la urgencia de la salvación que ha de anunciar. La Buena Nueva no espera. Al principio de su vida pública, en Galilea, Jesús dice: «Se ha cumplido el tiempo, y ha llegado el reino de Dios» (Mc 1,15). La misma afirmación que cuando llega a Jerusalén: «Cuando veáis que sucede esto, entendid que está cerca, a las puertas» (Mc 13,29).

Las citas del Antiguo Testamento, sin fórmula ni indicación de autores, constituyen otra dificultad. Para poder reconocerlas, el lector debe saber leer entre líneas, si no entre palabras, y, en todo caso, consultar las notas y referencias consignadas en el margen del texto o a pie de página.

En un texto tan apretado es tanto más útil respetar, con rigor y por su orden, las siete reglas de construcción. Si Marcos es un autor acuciado, la precipitación en la construcción del texto, por el contrario, correría el riesgo de conducir al lector a interpretaciones erróneas, quizá incluso a contrasentidos.

LECTURA

El texto de Marcos es el único que emplea el sustantivo «evangelio» en sentido absoluto (1,15; 8,35; 10,29; 13,10; 14,9). Mientras que Lucas pretende hacer una obra de historiador (Lc 1,1-4) y Mateo una obra de escriba, como buen conocedor de las Escrituras (alrededor de 130 referencias al Antiguo Testamento, de las cuales 43 son citas explícitas), el primer versículo del relato de Marcos presenta el Evangelio no en el sentido de un relato, sino como la «Buena Nueva»: Jesús es el Hijo de Dios. Esta proclamación, que constituye la trama del relato de Marcos, no es reconocida finalmente más que a la muerte de Jesús, y por un pagano (15,39). Sin embargo, al comienzo del relato el lector es prevenido por la voz del cielo: «Tú eres mi hijo» (1,11).

EUANGELION

La palabra «evangelio» calca el sustantivo griego *eu-angelion*, literalmente: buena noticia. Este término designaba la proclamación de una entronización real o de una victoria. También se empleaba para significar una buena nueva anunciada por los dioses: con esta ocasión se podía «hacer un sacrificio (de agradecimiento a los dioses) por la buena nueva», según la expresión *euangelia thuein*. Las palabras «buena nueva» son, así, portadoras a la vez de las ideas de realeza y de Dios. Lo que resume Mc 1,15: «Ha llegado el reino de Dios... creed en la buena nueva» (véase el Cuaderno bíblico nº 96, p. 10).

Además de las indicaciones de lugar (el Jordán, el desierto, Galilea), cuatro indicaciones de tiempo dividen el relato en cuatro actos: Comienzo (v. 1), En

aquellos días (v. 9), Y enseguida (v. 12), Y después que Juan fue entregado (v. 14).

La voz del mensajero (acto I)

El texto sitúa a Juan como el personaje que lleva a cabo la unión y la transición entre los profetas del Antiguo Testamento y la Buena Nueva. Se le presenta en referencia a los escritos del profeta Isaías. Su vestimenta evoca la del profeta Elías. Su predicción retoma los temas del profeta Malaquías sobre la venida de un salvador (Mal 3,1-3) y de los profetas Isaías y Ezequiel sobre el perdón de los pecados y la purificación del corazón.

*«Lavaos, purifícaos,
apartad la maldad de vuestras acciones de
delante de mis ojos,
cesad de obrar el mal»* (Is 1,16).

*«Cuando el Señor haya lavado la inmundicia de
las hijas de Sión y limpiado la sangre derramada en
Jerusalén...»* (4,4).

*«Rociaré sobre vosotros agua pura y os purifica-
réis»* (Ez 36,25).

En la misma línea que sus predecesores, Juan proclama la necesidad de una conversión mediante la confesión de los pecados y la inmersión en el agua purificadora. Para pasar del territorio pagano a la tierra de Israel era necesario atravesar el río Jordán.

Pero a Juan se le sitúa también con relación a otro que debe venir y su proclamación es portadora de un segundo mensaje. En dos frases solemnes anuncia la venida de alguien que le sobrepasa. Marcado por los pronombres «yo» (citado tres veces) y «él» (dos veces), su discurso muestra la diferencia y la superioridad de éste que llega: aquel que viene y cuyo nombre no se precisa aportará un «plus». Las últimas palabras —«él os bautizará con Espíritu Santo»— suponen una primera precisión sobre el contenido de la Buena Nueva.

«Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán»

«Sonó una voz desde los cielos:
Tú eres mi Hijo querido»

Primera cualificación

v. 9b v. 11
v. 9a v. 10

«En aquellos días llegó Jesús»

«Y en seguida, al subir del agua,
vio rasgados los cielos,
y al Espíritu, que descendía...»

Segunda cualificación

1,18-25
1,1-17

EN EL JORDÁN
EN EL JORDÁN

Palabras del profeta:
«Envío mi mensajero»

«Y predicaba, diciendo:
Viene detrás de mí... él os bautizará
con Espíritu Santo»

v. 2-3 v. 7-8
v. 1 v. 4-6

«Comienzo de la Buena Nueva
de Jesucristo, Hijo de Dios»

«Se presentó Juan... y predicando
un bautismo de arrepentimiento
para perdón de [los] pecados»

«Un ángel del Señor se apareció de pronto en sueños a José...: Levántate, toma al niño y a su madre y vete al territorio de Israel»

EN GALILEA

1,14-15

EN EL DESIERTO

1,12-13

«Y estaba en el desierto cuarenta días»

Repetición de la cualificación

«Los ángeles le asistían»

v. 13a v. 13c
v. 12 v. 13b

«Y en seguida el Espíritu lo empujó hacia el desierto»

Combate de Jesús contra Satán
Victoria: *«Estaba entre las fieras»*

El Hijo querido (acto II)

Escena 1 (v. 9a). El héroe anunciado entra en escena. Tiene una identidad y un origen: se llama Jesús y es de Nazaret. Viene a donde Juan. El relato de Mateo será más explícito sobre su encuentro y su diálogo (Mt 3,13-15).

Escena 2 (v. 9b). Jesús es sumergido en el agua del Jordán por Juan. La inmersión en el Jordán cualifica a Jesús en su humanidad: es de la misma condición que la gente de Judea y de Jerusalén. Sin embargo, a diferencia de ellos, no se dice que «confiese sus pecados». Sin embargo, no puede dejar de pensarse en las palabras del libro de Isaías: «y haber sido contado entre delincuentes» (Is 53,12) y en la frase del himno citado por Pablo: «sino que se despojó a sí mismo adoptando [la] condición de esclavo» (Flp 2,7). Jesús se hace hombre entre los hombres... pecadores. Primera cualificación del Hijo de Dios.

Escena 3 (v. 10). En un segundo momento, al salir del agua, Jesús ve y escucha la respuesta del cielo. A su vez, Dios interviene —«los cielos rasgados»— para cualificar al que acaba de asumir su condición humana. Por una parte, descendiendo sobre Jesús, el Espíritu le designa como el salvador prometido (cf. Is 11,2; 63,11).

Escena 4 (v. 11). Por otra parte, la voz del Padre atestigua la identidad divina de Jesús de Nazaret y la atención particular de la que es objeto. Ningún equívoco: Jesús es el Hijo querido del Padre, el Hijo de Dios. Confirmación solemne de la relación única que le une al Padre y segunda cualificación que le prepara para su futura misión. Experiencia inaudita de la que los cuatro evangelios se hacen eco.

La experiencia del desierto (acto III)

Escena 1 (v. 12). Jesús está bajo la influencia del Espíritu anteriormente recibido. El Espíritu le empuja hacia el desierto.

Escena 2 (v. 13a). Esta permanencia en el desierto es un incremento de la cualificación precedente, refuerza la preparación de Jesús para su misión. El paso por el desierto, que recuerda los cuarenta años vividos allí por Israel, es un tiempo de maduración para aquellos con los que Dios establece alianza:

«Recuerdo en tu favor la afección de tus mocedades...

cómo me seguiste por el desierto...

Cosa santa era [entonces] Israel para Yahvéh» (Jr 2,2-3).

*«La conduciré al desierto,
y la hablaré al corazón»* (Os 2,16).

Durante cuarenta días y cuarenta noches, Moisés había recibido en la montaña las palabras de Dios (Éx 34,28). Durante cuarenta días y cuarenta noches, Jesús se alimenta de la palabra del Padre. El pueblo de Israel ha aprendido penosamente a lo largo del Éxodo (cf. Dt 8,2-3; Éx 15-17; Nm 11) esta entrega incondicional en las manos de Dios. Jesús vive este abandono con la absoluta confianza filial que resuena a lo largo del relato evangélico, en respuesta a la Palabra de engendramiento (v. 11).

Escena 3 (v. 13b). Se trata del combate de Jesús: es «tentado por Satán», cuyo nombre significa precisamente 'el Adversario'. Jesús sale vencedor de este combate. El texto nos lo asegura: «Y estaba entre las fieras». Esta misteriosa frase alude a las promesas mesiánicas anunciadas por el salmista (Sal 91,9-13) y el profeta (Is 11,6-9). Significa que, una vez vencido el Adversario, el mundo ha entrado en el orden de una creación nueva donde no hay «ni mal ni destrucción». La alianza con Dios entraña la alianza con todo el universo.

Escena 4 (v. 13c). Desde entonces, los ángeles reconocen al vencedor del combate contra Satán: le sirven. Los mensajeros del Padre se ponen al servicio del Hijo. El Reino de Dios ha llegado.

El Reino de Dios ha llegado (acto IV)

Después de que Juan hubiese sido entregado, Jesús viene a Galilea a su vez para «proclamar». Jesús no toma el relevo de Juan, pues la diferencia es grande entre el discurso de Juan y el de Jesús. Tres datos separan las dos proclamaciones.

Jesús proclama en primer lugar la Buena Nueva de Dios, más precisamente la Buena Nueva del Reino de Dios, que llega ahora, puesto que Jesús ha vencido a Satán y se instauro la nueva creación.

La Buena Nueva recibe a continuación un carácter definitivo por la venida y la presencia de Jesús.

RESONANCIAS BÍBLICAS EN Mc 1,1-15

Aquí están las citas del Antiguo Testamento –según la traducción griega de los Setenta– presentes en Mc 1,1-15 (en cursiva las palabras citadas por Marcos), así como otras resonancias bíblicas.

1,2: «*He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti para guardarte por el camino, y para conducirte al lugar que he preparado*» (Éx 23,20).

«*He aquí que envío mi heraldo para que prepare el camino delante de Mí*» (Mal 3,1).

1,3: «*Oigo que se grita en el desierto: despejad el camino de Yahvéh, enderezad en la estepa una calzada para nuestro Dios*» (Is 40,3)

1,6: «[Elías] Era un hombre con una *pelliza y un cinto de cuero ceñido a sus lomos*» (2 Re 1,8).

1,10: «¡*Ojala desgarraras los cielos y bajases, de suerte que las montañas se tambalearan ante Ti!*» (Is 63,19).

«¿*Dónde está el que los sacó del mar con los pastores de su rebaño? ¿Dónde el que infundió en su interior su santo espíritu?*» (Is 63,11).

«*Saldrá un brote del tocón de Jesé y un vástago de sus raíces germinará. Sobre él se posará el Espíritu de Yahvéh, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fuerza, espíritu de conocimiento y de temor de Yahvéh, y le alentará en el temor de Yahvéh*» (Is 11,1-3).

1,11: «*He aquí mi Siervo, a quien sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma. Infundo mi espíritu sobre él*» (Is 42,1).

1,13: «*Pues Yahvéh constituye tu refugio, has hecho del Altísimo tu asilo. A ti no ha de alcanzarte la desgracia, ni plaga alguna se acercará a tu tienda. Pues sobre ti a sus ángeles da órdenes para guardarte en todos tus caminos. Sobre palmas han de conducirte, para que tu pie no tropiece en la piedra. Caminarás sobre el áspid y la víbora, hollarás al leoncillo y al dragón*» (Sal 91,9-13).

«*Entonces morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se echará; y el ternero y el leoncillo pacerán juntos y un muchachuelo podrá conducirlos. Vaca y oso pastarán; juntos se tumbarán sus cachorros, y el león, como una res vacuna, comerá paja. Entonces el niño de pecho jugará junto al agujero del áspid, y hacia la caverna del basilisco extenderá su mano el destetado. Pues no obrarán mal ni causarán daño en toda mi Montaña Santa; porque lleno estará el país del conocimiento de Yahvéh*» (Is 11,6-9).

Las expresiones «El tiempo se ha cumplido» y «El Reino de Dios ha llegado» son dos expresiones fuertes. Por una parte, en el Nuevo Testamento la palabra «tiempo» (*kairós*) significa «el momento oportuno». [...]

¡La venida de Jesús es el momento que no ha de faltar! Por otra parte, los verbos «se ha cumplido» y «ha llegado» (verbos en griego que están en perfecto) expresan con precisión que una y otra realidad se han cumplido o ha llegado de una vez por todas y de manera perfecta. Tal era la carencia en el primer acto del relato: Juan anunciaba a alguien sin precisar la razón de la venida de este alguien. Lo que faltaba era el Reino de Dios. La venida de Jesús realiza el Reino de Dios, esta venida y este Reino tienen un carácter definitivo.

La Buena Nueva es, finalmente, invitación a la conversión. La propuesta siempre es ésta: «Convertíos...» Sin embargo, el acento no se pone en la confesión y el perdón de los pecados. La conversión que Jesús propone abre a la profesión de fe en un Dios que, en Jesucristo, ha hecho, de una vez para siempre y definitivamente, alianza con la humanidad. La conversión conduce también al compromiso y a la búsqueda activa del Reino de Dios. No basta con saber que el Reino de Dios está cerca, aún hay que volverse hacia él y ponerse manos a la obra para anunciarlo.

La misión de Jesús se deriva directamente de su experiencia bautismal. ¿Qué otra cosa podría hacer sino comunicar la Buena Nueva del Reino de Dios?

Sus años de vida pública estarán dedicados a dar a conocer y a hacer triunfar el amor de Dios.

Este «prólogo» del relato de Marcos constituye el pórtico triunfal que se abre sobre el Evangelio. Resume la acción salvífica de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios. Jesús, anunciado por los profetas, de los cuales Juan el Bautista es el último, asumiendo nuestra condición humana hasta en las aguas de la muerte, empapado y chorreando Espíritu y entronizado por la Palabra omnipotente de Dios, es cualificado para comenzar su misión. Satán ya cae del cielo (cf. Lc 10,18) y la creación entera entrevé la gloria de los hijos de Dios.

«Evangelio», primera palabra del relato, se cita dos veces en el prólogo: Jesús «predica el Evangelio de Dios» (v. 14), y el contenido de este Evangelio es justamente «creer en el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (vv. 15 y 1). Jesús aparece así a la vez como el que anuncia el Evangelio y al que el Evangelio anuncia. Es la persona misma de Jesús la que constituye la Buena Nueva. Desde entonces, la primera frase del libro:

«Comienzo del Evangelio DE Jesucristo, Hijo de Dios»

se puede entender como:

«Comienzo del Evangelio QUE ES Jesucristo, Hijo de Dios».

Bibliografía

Michel QUESNEL, *Comment lire l'évangile: Saint Marc* (París, Seuil, 1984).

Envío

*El que busca la verdad
debe estar preparado para lo inesperado,
pues es difícil de encontrar.
HERÁCLITO (540-480)*

En la época del AVE y de las autopistas, el ser humano —es decir, cada uno de nosotros— es un ser acuciado. La lentitud le da miedo. El estrés y la angustia le inundan cuando no obtiene una respuesta inmediata a su pregunta o a su problema. Agitado, trastornado, precipitado, corre. Exige que las cosas vayan rápido.

A la vista de la experiencia de las sesiones de formación bíblica y de la opinión misma de los participantes, el trabajo de aproximación a los relatos evangélicos propuesto en este *Cuaderno* (como en el precedente, el nº 93), no es para las personas acuciadas, ávidas de respuestas rápidas y completamente hechas.

Este método de lectura exige «paciencia y mucho tiempo». Por una simple razón: cuanto más conocido es un texto, menos se lee. El lector ya no se toma el tiempo de leer lentamente, con la mente reposada, fijándose en cada una de las palabras que constituyen la trama del relato. «¡Ah, sí, decimos, conozco este texto!». El texto, sin duda, pero cada una de las palabras, ¡ciertamente no!

Una fruta se saborea. Un buen vino se paladea: nos tomamos tiempo para gustarlo en la boca. El texto también. Para escucharle cómo resuena en sí, lo decimos. Masticamos las pala-

bras para que se hagan progresivamente Palabra recibida, Palabra saboreada, Palabra asimilada.

Se necesita tiempo para que la Palabra penetre en la profundidad de mi ser. Si demasiado a menudo la Palabra no alimenta es porque es tragada precipitadamente, sin ser «meditada y guardada» en el corazón (Lc 2,19). No deja entonces ningún gusto, ni sabe ni pica.

La Biblia se medita desde hace siglos. Nadie ha agotado aún su riqueza. ¡Es inútil precipitarse! Recordemos más bien las palabras evangélicas:

Los discípulos se acercaron a decirle: «¿Por qué les hablas valiéndote de parábolas?». Él les respondió así: «A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de Dios; mientras que a los demás a base de parábolas, para que, aun viendo no vean, ni oyendo entiendan».

Y se cumplió para ellos la profecía de Isaías que dice: Escuchad bien pero sin comprender, y mirad, mas sin percibir. Embota el corazón de este pueblo, y entorpece sus oídos, y ciega sus ojos, para que con sus ojos no vea, ni oiga con sus oídos, ni con su corazón entienda, ni se convierta y se cure (Is 6,9-10). En cambio, ¡felices vuestros ojos que ven, y vuestros oídos que oyen! (Mt 13,10-16).

LA ÚLTIMA PALABRA

La última palabra es la buena.

La última palabra de Fedra es: pureza.

La última palabra de Jimena es: paterno.

La última palabra de Augusto es: olvidar.

La última palabra de Hamlet el hablador es: silencio.

La última palabra del Príncipe de Homburg es: Brandeburgo o, si se quiere, patria.

La última palabra de Harpagón es: tesoro.

La última palabra de Macbeth es: enough!

La última palabra de Edipo Rey es: desgarrar.

La última palabra de Prometeo es: aguanto.

La última palabra de Edipo en Colona es: feliz para siempre.

Y las últimas palabras de Romeo son: Thus with a kiss I die¹.

El poeta siempre tiene la última palabra².

*

Veamos la última frase de cada evangelio.

– Y mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo).

– Al salir huyendo del sepulcro, pues [el] temblor y [el] asombro se había apoderado de ellas; y no dijeron nada a nadie, pues tenían miedo (Marcos)³.

– Y ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría, y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios (Lucas).

– Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, creo que ni el mundo entero tendría sitio para los libros que habrían de escribirse (Juan).

Estas frases no suponen una conclusión. Ninguna trae la palabra «Fin», como si el relato evangélico hubiera terminado. Todas invitan a una apertura, a una continuación, a una espera.

El final de los evangelios sinópticos ofrece tres cuadros a nuestra mirada. Mateo recuerda la presencia del Señor más allá del tiempo y el «siglo». Marcos abre a la contemplación maravillada y al temor sagrado ante el misterio de Cristo resucitado. Lucas apela a una oración que no cesa. En estas frases, los datos del tiempo y del espacio estallan. En cuanto al relato joánico, precisa inequívocamente que no todo ha sido dicho y que otras muchas cosas se podrían haber escrito. Así, los evangelios no se terminan con un punto final, sino con puntos suspensivos. Signo de que la última palabra del Evangelio está aún por decir...

1. «Así muero con un beso».

2 Jean Vilar, *De la tradition théâtrale* (Idées, Paris, Gallimard, 1955) pp. 187-188.

3 «El Evangelio de Marcos se termina aquí. El epílogo (16,9-20) no se encuentra más que en algunos manuscritos del Nuevo Testamento y es evidente que no es del mismo autor que el resto del Evangelio» (M. QUESNEL, *Comment lire l'évangile Saint Marc*, Seuil, 1984, p. 291).

LISTA DE RECUADROS

Los dos verbos “amar”	13
El Evangelio, una lectura difícil (A. M. ROGUET)	14
Hacer que nazcan las palabras (P. BAUDIQUÉY)	22
Los capítulos y versículos de la Biblia	39
Textos que resisten (P. B. BEAUDE)	42
Las tentaciones de Jesús	43
Las secuencias del discurso (Jn 6)	44
La palabra del creyente (M. DE CERTEAU)	46
Las Escrituras en Mt 1-2	51
La ingenuidad imposible (S. KIERKEGAARD / B. BRO)	53
Euangelion	55
Resonancias bíblicas en Mc 1,1-15	59
Envío	61
La última palabra	62

Contenido

Después de haber presentado su método de lectura en un *Cuaderno* precedente: *Relatos del Evangelio* (nº 93), Pierre MOITEL propone leer aquí textos más largos del evangelio para hacer que aparezcan en la Palabra sentidos nuevos que a menudo pasan inadvertidos en las unidades, demasiado pequeñas, que proponen la liturgia o la catequesis. La Guía de lectura, en el centro del *Cuaderno*, recuerda lo esencial de este método y lo aplica a un texto corto. Esta lectura de textos, que creemos conocer bien, depara algunas sorpresas y suscita preguntas inesperadas. Pero, ¿sería todavía el evangelio «Buena Nueva» si no dijera nada nuevo y no aportara nada bueno?

Introducción	5
Juan 20-21: «Hemos visto al Señor»	7
Lucas 24: «Ha resucitado según las Escrituras»	15
Juan 6: «Yo soy el pan de la vida»	23
Cuaderno central:	
Los cinco textos evangélicos	27
Guía de lectura	37
– Las siete reglas	37
– Aplicación: Marcos 2,1-12: «Jesús y el paralítico»	40
Mateo 1-2: «Jesús hijo de Israel»	47
Marcos 1,1-15: «Comienzo de la Buena Nueva de Jesucristo»	54
<i>Tabla de «pausas» y recuadros</i>	67